

El viajero que sí estuvo allí

Guía de viajes literarios por España



El viajero que sí estuvo allí (Guía de viajes por España)



PRÓLOGO DE EL VIAJERO

Escribir sobre viajes, es como pintar con palabras lo que el pincel no llega siempre a plasmar en lienzo, por ser éste, un instrumento limitado a su cometido de germinar líneas y colores cromáticos. Cuando la palabra escrita se nutre de la esencia del momento que se le presta, el escritor de viajes puede acompañar al momento vivido y estampar en la memoria un papel que sólo el aire salpica. Para ver muy temprano, a eso del nacer del alba, como la claridad acompaña a un nuevo día. Pues la escarcha, suele levantar la mañana con la espontaneidad y sencillez de la belleza del paisaje más transparente y diáfano.



La piedra y el río

Escrito está en la piedra del bosque más escondido, un cantar que suena casi perfecto, armonioso y melodioso. El agua, que hace el recorrido desde el arroyo, que fluye con continuidad y frecuencia sincronizada, que traza el camino de vereda para el caminante que se deja perder por el sendero, acompañado por el sonido del caudal que va cantando una melodía susurradora que hace detener el tiempo. El viajero, camina asombrado por la belleza de donde transita, entregándose a la ilusión que se confunde como el beso, dejándose llevar como una amistad y pasión de esas de sangre. Los árboles a su alrededor, en su recorrido misterioso, le protegen de toda ansiedad y excitación. Hay ríos que desembocan en otros ríos, hay ríos que desembocan en el mar, y los hay que se desaguan en el alma serena. El agua y la piedra se cruzaron por el camino del río y no se dijeron nada. Pues las palabras quedan mudas cuando la belleza de lo vivido, se cruza por el sendero del tiempo más densamente vivido.



El viajero

El viajero, cada día se incorpora al bello momento del amanecer de un nuevo crepúsculo, en un marco de una mañana diferente a la de cualquier otro día, en un lugar donde la presencia no pueda parecer ausencia, que es la costumbre de andar por empedrados y sendas para prolongar el camino, para contemplar cómo las alas de la mariposa danzan entre sabores y texturas de la flor con los pétalos más perfumados y poder escribir sobre ello. Donde el árbol perenne de tallo leñoso, tímidamente intenta desadormecerse de su letargo, donde el mar se despierta conjugando con el viento, para ver como coordinan rítmicamente gotas de aire y bajas mareas, a la hora que se moldea la primera sinuosa ola que baña la mañana y su agua, se refleja como un cristal en el cielo.

El viajero quiere hacer todos estos instantes eternos, mágicos y perdurables. Y para que queden escritos y amarrados por las estrechas manos escribientes e indelebles del qué esto cuenta, el viajero adopta la figura del narrador testigo, que transita por los caminos, que habla con sus gentes, que se enamora de los paisajes, que los dibuja con palabras y los cuenta al detalle; para poder después plasmarlo con tinta, que es materia de confianza y sustancia que mancha el papel que inunda de luz la hoja de papel desnuda.

El viajero va anotando lo que le muestra la maravilla de su mirar en el recorrido de su camino, porque ve con los ojos, siente con el olfato, palpa con el tacto y oye con sus oídos como el diapasón que transporta los sonidos. Degusta con la boca lo que se le ofrece en requiebros de humildes moradas y en sinuosas tabernas y ásperas fondas. Porque la gastronomía, también es una manera de estimular los sentidos allá por donde se anda, pudiendo contar

la cultura de una comarca a cuchara y cuchillo. Pues la gastronomía es un bienpreciado, que cultiva y qué enseña a través de la satisfacción del paladar siempre exigente.

El viajero, prudente y mesurado, no suele hablar de política ni de religión para contentar y agradar a todos. Eso sí, alguna “coletilla” lanza como crítica social y de una línea del saber estar, pero sin posicionarse en exceso, no fuese que esta condición pudiera molestar al prudente lector. Porque el viajero, sabe escuchar para aprender e ilustrarse, pasear y conversar con los amigos que se tercién y se encuentren por los caminos.

Al paso andado, la palabra no desaparece más allá del horizonte, ni tampoco del brillo de los ojos, que como un espejo, se plasman con anhelo y ensueño, como un candil que ilumina las sombras. Porque la silueta siempre está muy lejos de ser alcanzada, pues la suele trazar el camino, dejando todo el resto al azar y al destino. El papel, un lienzo, la pluma; una vereda, y la tinta como la sangre que coagula en el papel dispuesto a ser testigo. Al viajero, le complacería que tales vivencias fueran narradas y que actuaran como una guía que pudiera servir al que viajar quisiese, como un dedo que apunta en el inicio del camino, como una muestra y exposición al lector con intenciones de viaje. El viajero siente, percibe, huele, palpa y disfruta en el más grande de los goces por cada rincón que recorre. Y todo ello, lo hace para el apreciado lector, que espera inhalar el perfume de lo contado como si fuera esencia de raíces vivas, intentando implicarle en el viaje y tránsito de lo vivido. Y, que sin saberlo, delire y se sumerja en su lectura, preguntándose si podía ir con el viento como compañero de viaje.

Allí donde los relojes hablan y el tiempo escucha, el viajero aprende por el camino y por las sendas que recorre, porque escribir es su sembrar semillas, su modo de vida. Sabiamente escucha a la gente del camino que suele decir verdades ciertas. Y que a veces le guía, para perderse en los rincones más diáfanos y también por los más escondidos, para terminar todo ello en palabra escrita. El alma se funde como la cera cuando se quema en el viaje más lejano ¡Bendita locura de amor es contar la aventura al paso andado!

El sol tiende a acompañar al viajero, que le susurra cómplice a la miel por la mañana, que le provoca sensaciones mágicas como si hubiera encontrado algún tipo de hadas y ninfas por los caminos que le guiaran, pues sus paredes, ya ha vestido con la palabra, para que ésta no quede ausente en la pared de la memoria. La pluma es el modo en que el alma se manifiesta en todo su esplendor, y el viajero, no encuentra otra manera más sincera que contarlo por escrito.

Tierra al lado de la mar, agua y piedra luchando en el espigón, aire claro por los diáfanos cielos para mudarse a realizar el sueño más lejano. El ancho campo o el fiero mar, el áspero camino, la sinuosa senda o el sobrio empedrado. A veces, al viajero se le detiene el reloj, por ser el tiempo medida relativa y engañosa para él.

“Viaja y vive mientras puedas, porque tus sueños están justo en la palma de tu mano”.

AINSA, UN PUEBLO DE ENSUEÑO

El viajero que pasó por Ainsa al caer la tarde



Se cerró en Aragón, al caer de las cinco, la sombra que caía sobre el viejo castillo medieval amurallado. Y, como una bendición venida del cielo, el dulce espejo que refleja el pequeño pueblo medieval de Aínsa es alumbrado a la sombra de las montañas que le rodean, desde lo alto, en la Huesca Pirenaica. Desde el camino empedrado en el que se entra al municipio se contempla el arco principal como una puerta abierta de par en par, cordial y atenta. La piedra de elevada consistencia actúa como anfitriona hospedadora, con muchas ganas de contar las cosas, y trémula sobre su trino. La indolencia y la desgana quedan olvidadas, y aflora una necesidad del menester de dar a la pluma vida tan aprisa que no alcance el olvido de la memoria.

La fortaleza hace años que no defiende más que su belleza y la buena costumbre de los firmes pilares levantados mirando al cielo, y los hermosos vitrales, cuyos irisados reflejos al chocar con el suelo hermosean sus jaspes azules y blancos. Desde lo alto del fortín se contempla, divinamente, las montañas Pirenaicas que son como guardianas y señoras del paisaje que nadie sabe en qué silencio se sacia para decir, tan solo, que la naturaleza es muy sabia y no hay que ignorarla.

La ciudad fue resguardada por murallas en la Edad Media. En total poseía dos recintos. El primero data de los siglos XI-XII y acababa en la Plaza Mayor. Todavía quedan en pie tres portales. El segundo recinto corresponde a los siglos XIV-XV. Quedan en pie, actualmente, lienzos de muralla que llegan hasta el erguido castillo. La villa medieval de Aínsa fue catalogada como Conjunto-Histórico-Artístico, con buen criterio y mejor juicio.

La plaza de armas, ahora sirve para su paseo y contemplación. Y, para tomarse unas cañas o un vino de confianza si a gusto viene la cosa. El vino de la tierra, bebido con prudencia, entra por el gáznate la mar de bien, y el mucho trato hace crecer el contento. Ya se dice; el canto del monje suele dar confianza y ahuyenta a los males, el alma se funde como una alegría controlada, como si el camino andado fuera como un carrusel que gira en silencio y que en música se derrama. ¡Qué importa si después todo es de un rancio mostrador de madera pintado de verde!

Aínsa, presenta en su Casco Antiguo, un conjunto uniforme y apiñado de casas enormemente armónicas y afinadas, en el que destacan la esbelta torre de La Colegiata y el enorme recinto del castillo, que es casi tan grande como el resto del pueblo y qué, con su frescura y memoria pasada, seduce su deseo. El cielo de Aínsa estaba espléndido aquella tarde. Las aves del lugar, con sus cantos y sus vuelos en círculo, alegraban los cielos con su coreografía casi perfecta. El tiempo también vuela y camina, deprisa y descarado. Las horas serenas pasan dejando huella de lo vivido, de lo elocuente y de lo que fue verdad; como los restos de un halago repetido, de un recuerdo que ya pasó a la sombra del ayer. La simple brevedad hace que el Viajero, narrador de historias y morador de pequeñas alegrías, escriba palabras huecas en jardines sin rejas. A la sombra del favor, el viajero atraviesa el arco medieval que accede al pequeño municipio para perderse en el camino, mientras intenta buscar una preciosa caja de madera imaginaria donde guardar los recuerdos que se encuentre por estas tierras de Benarte.



El viajero se toma la penúltima en la fonda de Callizo, se levanta de la silla y echa a andar. El paso es manso y moderado, cojea un poco al principio porque se le ha dormido una pierna. Estas cosas les suelen pasar hasta los escritores más experimentados. El caminar se hace en calma y sosiego, sonriente y animado, para perderse sin prisas entre las entrañas y calles estrechas de la presumida villa de Ainsa. En los pueblos, las calles suelen estar cercanas y bastante a mano, casi rozándose, como los sueños y los espacios transparentes. A veces, en sus calles, se puede escuchar el eco de una voz de una doncella, que un día estuvo enamorada. Y qué, a sus balcones llegaban cantos y romanzas de algún trovador que la cortejaba.

Una Jota es cantada por un joven mozo, entre un corro de gentes autóctonas. Da gusto escucharlo. Las gentes del lugar disfrutan con el cante, mientras otros tocan la rondalla y la bandurria, en un estilo adornado y a ritmo muy lento con toda la propiedad y gozo del disfrute.

El viajero tira acera para abajo, contento por escuchar la Jota del mozo Aragonés. El viajero está recién duchado, viste entre bohemio y medio urbano, intenta quedar elegante y curioso. Y, a poder ser, ganarse la confianza de las buenas gentes por donde transita. Porqué, el viajero, por donde pasa, siempre intenta hacer amigos haciendo camaradería si la circunstancia le es favorable. Lo demás, lo deja todo al resto y al azar y al buen hacer de la fortuna del encuentro.

El empedrado de la Calle Mayor sustenta la fuerza vital del pequeño pueblo de Ainsa. Los Pirineos hacen sombra como reflejos de un espejo cuya imagen es de sensibilidad acallada, como reflejos del fuego fatuo. El viajero baja por el portal abajo, al trote, pero tranquilo, porque sabe que ya no tiene edad para bajar las escaleras de dos en dos. Y, con prudencia, suele alcanzar el destino igual, sin la saltarina peripecia que no acompaña la edad, con la respiración agitada y sudando de frente. Por aquí, hace algunos años, bajaban los carros de ruedas dentadas. El viajero pasa por delante de la Casa del Marqués que, hoy, es un confortable alojamiento de turismo rural. También destacan Casa Arnal y Casa Bielsa; con sus pretéritas fachadas, que seducen el deseo a la virtud del modelo. Son fachadas con historias por contar y qué, algunas, guardan como secretos acontecimientos y relatos del alma ausente que casi nadie sabe, y que a su sombra viven.

Una señora que venía de la botica, le pregunta al viajero:

“-¿Va cansado jefe?

-Mujer, nada por lo que no merezca la pena. ¡Qué lata el corazón con alegría y contento de espíritu!

-¡Diga que sí hombre!”

La voz de la mujer es una voz dulce, una voz serena y de mucha paz interior. Y que, probablemente, no conozca el concepto del estrés; ese parecer que es propio de las urbes y grandes metrópolis, carece de alcance e interés en las villas y municipios apartados, donde la mirada y el silencio se encuentran y se abrazan sin necesidad de la ansiedad alborotada como medida.

“- Aquí no tenemos estrés de ese. O estamos contentos o cabreados. Pero estrés no. Medias tintas, es tontería.

- Cuanto razón lleva, señora.

- Aquí le vamos a tratar bien. Ya lo verá.”

Al viajero siempre le gusta quedar bien con las señoras y las doncellas lozanas de las tierras por donde pasa. Una hermosa joven parida en Ainsa, pasa calle abajo con andares que abrasa la vista, quebrando el entendimiento y trazando una estela de deseo, dejando caer su belleza como un reloj deja caer

el tiempo que se acomoda en la retina de el viajero como inundando su deseo. Sus caderas, como un río que recurva, van de un lado a otro mientras camina. Llueven flores como estrellas en su delantal a su paso. Si el viajero tuviera veinte años menos, la intentaría rondar con poesías y romances varios para poderla ensalzarla con una enorme lazada. Porque el brillo de sus ojos inspirarían al escritor más erudito y al poeta más atrevido. Es lo que tiene la virtud de la juventud; inocencia y belleza que se puede plasmar en todos los artes y oficios.



La calle Mayor sigue el curso que le da su nombre. El viajero tira calle abajo, tranquilo y sosegado. Parece que le empuja una fuerza misteriosa. A veces, el amor por escribir va por los aires y la imaginación, como fuerza vital que lo sustenta. El viajero, al descuido de la mirada, observa las piedras medievales que adornan las paredes de las callejuelas y, entre las gentes del camino, se va fijando porque los habitantes parece que quieren hacer el instante eterno, como para pensar y no darse prisa, liberados del agobio de la impaciencia. Porque las prisas no suelen llevar a nada bueno y desorientan los destinos.

Un señor mayor, con bastón y una boina con un emblema republicano pegado en su americana, estaba observando de pie y con la mirada fija al viajero. Y le pregunta:

- “- ¿Usted es de por aquí?
- No. Solo estoy de paso.
- ¿Y qué le trae a estas tierras mañas?
- Soy escritor.

- ¡Ah! ¿Y eso da para comer honradamente?”

Empieza a correr una fresca corriente de liviano aire por las estrechas y ceñidas calles de Ainsa, lo que aviva la palabra en el instante. Mientras, el viajero anota en unos folios sueltos lo que ve y lo que percibe por los sentidos. Un policía municipal mira de reojo al viajero y sonrío. Se conoce que a los de ciudad se nos cala por la torpeza de nuestras simplicidades.



La mirada de el viajero se suspende por un momento en un rincón por donde se pasea el aire, los ojos se le nublan de bellas fantasías literarias al apreciar la belleza al llegar al portal bajo, que desemboca en la calle Mayor, para seguir camino por más calles estrechas, pasando por debajo de arcos de piedra, que dan mil sensaciones, que todo lo revelan y que el tiempo guarda con recelo. De grato mirar, considerar, es dejarse y disiparse por lavilla, para descubrir algo diferente del municipio, quizás el espejo vivo de su mirada, que cual hoja seca, el olor de las calles desprende la fragancia dela presencia de lo desconocido, acompañado por los susurros de las gentes que hablan en comidilla. Y qué, hasta la artesanía del lugar, penetra en lo infinito de las sensaciones, y es capaz de hacer filigranas y grabados, que se elaboran en piedra y en los sueños de horizontes de barro.

El Casco Viejo de Ainsa, conserva casi en su totalidad las murallas que lo envolvían. De sus puertas exteriores principales quedan dos en pie. La tercera desapareció a principios de siglo, al construir la carretera de acceso a la plaza. El privilegiado enclave de la villa, donde las horas son más lentas, recuerdan estas murallas y, el robusto castillo la hacían prácticamente inexpugnable, difícil de apoderarse desde la lejanía del horizonte.

Una verdulera despacha, con gusto y elegancia, unas hermosas lechugas a una señora que lleva un carrito y un cesto de compra. El comercio es lo que tiene, que llena el bolsillo de uno y satisface la necesidad del otro.

Por una bocacalle que va a la deriva, a renglón seguido, el viajero se adentra en el suave y sereno empedrado de las medievales calles de Ainsa, como queriéndose perder, un poco insensato, pero no le apesadumbra, porque tampoco le gustaría ser un escritor gris y sin trascendencia que aburra con historias mil veces contadas. En esto de la literatura también vale aquello de: más vale caer en gracia que ser gracioso. La ocurrencia y la gracia al descubierto, son una ayuda para el escritor. En una terraza del bar Fes, una niña interpreta con pasión y delirio del cante más hermoso. Es una niña que canta fino como un jilguero, y si hay poca humedad, su voz resuena por las esquinas en una acústica que se propaga como el aire fresco en la mañana más abierta y rasgada.

A la niña le llama la atención el viajero:

“-Yo, señor viajero, lo que quiero es salir por la tele como esos artistas.”

El viajero mira a la niña con ternura y mimo delicado. Y le dice:

-Si estudias fuerte, aparte de salir por la tele, podrás trabajar en ella.”

Mientras, cariñosamente, el viajero le da una suave caricia en su lacio pelo, ante la atenta y tierna mirada de la madre de la criatura “cantarina”, que se le cae la lágrima de sabor materno al ver a su pupila, niña de sus ojos, que sus cantos le parecen como el de un angelito caído del mismo cielo.

La mujer Aragonesa es bella y de vitalidad asombrosa, rebotando en los balcones van sus gracias y sus solturas; maña, chispa y humor nunca le faltan. Dicen que el beso y la caricia de la mujer aragonesa se hace deseo, y tres suspiros son necesarios, tres, hasta que se cumpla la promesa.

Desde la cestería se ve La Plaza Mayor, siguiendo por la calle de la Plaza del Castillo, se encuentra uno con la fascinación arquitectónica de la plaza que, como un barniz, esmalta tan íntima explanada. El viajero cree que es hora del buen yantar y el arte del manducar. Pues, contra la costumbre del buen comer, y el beber con cierta libertad, poco puede hacer el mortal para resistirse a llenar

la copa de la vida. Un cartel con fondo negro indica: Restaurant El Bodegón de Mallacán. Afuera, unas mesas de nobles maderas que huelen a cedro, y un hule a cuadros con dibujos frutales, acompañan el escenario del comensal. Al viajero le gusta mucho lo bueno y aquello de: vive mientras puedas, come mientras puedas, bebe mientras puedas.

Uno, con cara de insípido y que parece que no va bien de vientre, le dice al viajero:

“- ¿Y eso no es malo, jefe?

- ¡No hombre! No ve usted que sus sueños suelen estar justo en la palma de su Mano.

- Perdone que le moleste. ¿Le cuento una cosa?

- ¡Hombre!..., si no es muy largo.

- Ahora, lo que está de moda, es hacer régimen y comer galletas adelgazantes y ricas en fibra.

- ¡A mí no me lie, oiga! Yo soy feliz con un buen carnero a las brasas, y bebiendo un buen vino de confianza y con sensata prudencia.

- Pero el colesterol...

- Bueno, no le digo que no, ni que sí. Pero, como todo en la vida, se debe de buscar el equilibrio y la proporción.

El menda, con cara de estreñido, se aleja chupando una galleta triste y sosa, y tropezando consigo mismo. El viajero asiente con la cabeza, mientras le inca el diente a un último trozo de cordero guisado de la comarca.

El camarero -que es un guasón con arte- y que lleva mucho oficio a sus espaldas, le dice al viajero:

“- Qué jefe. ¿Hace una crema de la casa de postre?

- ¡Venga!”

El viajero se siente un poco pecador después de la opulenta manduca que se ha metido en la barriga, pero tampoco culpable en exceso. Sentirse un poco hedonista es rasgo que caracteriza la filosofía bohemia del viajero.

Los ríos Cinca y Ara rodean Ainsa por sus bordes biselados, que confluyen del condado de Sobrarbe. Los ríos cruzan, abrazan, pasan de largo y continúan su recorrido sin mirar atrás. Las aguas de los ríos no suelen mirar hacia atrás. El viajero disfruta siendo observador de la vida y contemplador de lo cotidiano. Tira una piedrecita al río que rebota en ondas de sinuoso rizado, y pide un deseo. Los deseos de los escritores suelen ser sencillos y de fácil contentar. La localidad sobrarbense muestra a la vista aparatos de labranza por ser pueblo que también vive de la agricultura. La trufa negra es un preciado hongo al que muchos denominan el diamante negro, un manjar de exquisitez para el suave paladar.

En esas horas en que el pueblo de Ainsa sesteaba y los turistas se desparraman como desorientados en sus catres hosteleros, el viajero tira con las suelas del zapato hacia las callecitas y placetas a ras de sus empedrados adoquinados. Unos abuelos, en sombra, estaban debajo de unas tejas de un balcón que les servían de sombrilla. Estaban en reunión y animada charla. Ancianos de estos que saben cosas, crónicas y habladurías repletas de maravillas. Las tardes ven pasar la sombra del sol en silencio, y los ancianos de la comarca se asientan cada pasado mediodía arriba, en la Casa de Bielsa, para escuchar y departir charla para hacer tertulia amena y distraída. Empujadas por el viento, las palabras de los contertulios veteranos fluyen camino hacia el recuerdo, referente inevitable de lo que ya pasó con mayor o menor adorno. Al Viajero el escuchar le suele convertir en buen tertuliano. Escuchar es fundamental y, normalmente, la verdad está en la mirada y el silencio que se encuentran y se abrazan en las gentes más viejas que uno mismo.

“-¿Usted es de por aquí?

-Yo soy de donde se cumple la promesa.

- O sea; de todos sitios y de ningún lado.

- Como decía el maestro Epicuro a Meneceo: salud y alegría. Y que nadie por ser joven vacile en filosofar ni por hallarse viejo de filosofar se fatigue. Pues nadie está demasiado adelantado ni retardado para lo que concierne a la salud de su alma.

-¡Hombre! Un bohemio de verdad. De los suyos ya quedan pocos, ¿eh?"

Al paso deambulado, el viajero llega a la Iglesia de Santa María, que es casa y morada espiritual del que cree. Y del que no cree, con el respeto y cortesía ya basta. Con el respeto y la tolerancia se puede ir a todas partes. La Iglesia parroquial de Santa María es pequeña pero muy coqueta en detalles religiosos. Desde sus ventanales entra la luz que parece que del cielo viene, pues rebota en ellas como haciendo camino hasta hundirse en el alma sana. Siendo uno de los templos más excepcional y admirable de Sobrarbe. Arriba, en la atalaya del campanario, cuelgan las campanas que redoblan y marcan las horas con la flema que parece que detengan el tiempo a su capricho. Un letrado pone: no tocar. -Ya se sabe que hay gente para todo-. Cuando la luz entra, serena y tranquila, se proyecta en el altar mayor un resplandor que madura la imaginación. Se produce un majestuoso momento, y el semblante del viajero se hace apacible y sosegado. El secreto de la fe puede que sea un rayo de luz en la cara, mucho bien al alma y la generosidad de la buena conciencia. Sus bancos de oración, de madera artesana, se hacen acomodo para arrodillarse para certificar la creencia. Iglesia, capilla y claustro forman el hogar del cristiano. A veces, la fe no está sólo en la creencia, sino en la virtud del alma honesta, que también puede divisar la convicción y el silencio más revelado.

La calle Santa Cruz se nos aparece a la vista, al gozo de dejarse vivir, soltando lastre, viniendo por este camino tranquilo y amigo del silencio, mientras se va estrechando la garganta de su calle empedrada, balizada a los lados por plantas posadas en el suelo con ternura y mano delicada. La calle pequeña va de la Plaza de la Iglesia rodando hasta la de San Salvador. El viajero siente un cierto deseo inconfesable de exhalar, para percibir el olor de las flores cuando segregan y sudan esencias maravillosas. Por el camino, baja suavemente por una pendiente, observando los portales de noble madera y los cantos que visten sus fachadas de piedra. Es una visión real que maravilla con requiebros de fantasía y ensueño de su letargo. Por encima de la calle empedrada y, como espacio de comunicar lo que continúa, sus arcos siempre presentes, callados y enigmáticos, para dar paso al paseante por debajo de su curvatura. Sus faroles forjados al hierro, moldeados para proyectar la sombra del que transita. Algunas de sus esquinas son redondas, sus balcones

adornados como un tocador de dama alguna, como queriendo hacer el instante eterno y perenne para siempre. Es muy curioso repasar con la mirada las soberbias y portentosas fachadas, repletas de maravillas, coquetas y disfrazadas de caricias. Sus balcones florales mirando hacia la acera, porque ambos, piedra y hierro, hacen camaradería. Las piedras de las fachadas igual guardan secretos de una vida dormida, de una vida secreta y misteriosa, con sus miedos y fantasías, que igual a nadie contarán, por ser discreción y confianza de su fuerte arraigo que les atrapa en su pasado. La piedra es mineral discreto y sacia su propia soledad con una sonrisa que permanece siempre a la vista, porque el mortal solo puede contemplarla en el instante que dura la vida.



El viajero sigue su curso, con el camino que le traza la curiosidad, para desembocar, otra vez, en la Plaza Mayor. Los arcos de piedra armoniosos y laberínticos no dejan de sorprender, de encandilar, de dar sensaciones trémulas y de palpitantes efectos emocionantes. La piedra sigue dominando el paisaje allá por donde alcanza la mirada. La plaza es porticada y tiene soportales a manera de claustro. Las ventanas de los balcones entreabiertas para que pase la bendición de sus frescos aires. La plaza Mayor es ágora y punto de reunión de sus gentes, que en una tarde silenciosa se pueden escuchar hasta las olas del mar por muy lejano que esté. Las puertas son arcadas medievales y, cada una de las roscas o molduras respiran al lado del viajero, formando una serie de arcos concéntricos, decorando las bóvedas de las portadas medievales en su paramento exterior, recorriendo su curva en

toda su extensión y terminando en la imposta. Todo esto hace que Ainsa, pueblo medieval pequeño y acogedor, alto y sólido como el originario solariego, destaque por la esbeltez de sus líneas. Los arcos de su casco antiguo, no solo son adornos para quien su vida es una búsqueda, sino registro y recuerdo de su pasado, de una zona que fue vestida por el romanticismo , que fue movimiento donde más prioridad se daba a los sentimientos, lo que hizo nacer el género de la novela histórica a comienzos del siglo XIX y, con ella una poesía lírica y hermosa como: Los amantes de Teruel, bendita locura de amor escrita por Tirso de Molina, y otro grande como lo era Lope de Vega. El viajero sabe que la historia poco miente y poco finge. Y el orden de las cosas cronológicas es una ardua tarea y lleva su tiempo. Un tiempo prudente que ha de pasar anales, narraciones y leyendas para convertirse en lícita historia que se pueda contar sin el agravio que esconden los falsos secretos.

El viajero le comenta a un habitante de Ainsa que estaba regando unos florales:

“-¡Jefe!

-¿Qué?

-¡Lo bien que me he sentido aquí en Ainsa!

-¡Claro, hombre! Aquí siempre tendrá un lugar donde soñar y anfitriones en abundancia.”

El cielo comienza a cerrarse, ya se ve el camino que se aleja de las tierras del medieval pueblo. El viajero sale andando por la carretera apagándose, lentamente. Gira la cabeza y piensa que es de justos agradecer el cobijo y acogida de las buenas gentes de Ainsa. Piensa en silencio. Un denso silencio que merecía una respuesta justa. El viajero deja en un papel dentro de un árbol del camino en forma de poesía. Porque el viajero, sólo es un iluso escritor que abraza y murmura para que, la cualidad del agradecimiento y el altruismo más sincero no quede relegada al descuido. Y así decía:

“Vete, si no sientes que mi andar no te provoca sensaciones de alegría cuando camino por tus calles empedradas. Vete, si tu alma no se estremece cuando en forma de pisadas te recorro con mi mirada. Porque, Ainsa, te llevaré

a otras tierras más lejanas, igual de villas marinas de ninfas presumidas para explicarles la belleza de tus tierras, que de arcillas para adentro, que suelen ser como raíces del silencio. Y, cuando de Ainsa hable, será como si hubiera vivido el sueño más cercano, de esos que alargando la mano parece que ya se tocan, de esos imprescindibles, como el agua y la piedra, que hacen simbiosis para seguir viviendo”.

El viajero se aleja en un susurro ronroneo matando su sombra. Y su figura se pierde en la umbría del camino más discreto. Pero mañana, cuando recuerde las huellas al paso andado por estas tierras de Benartre, le sabrá todo como sabe la miel por la mañana.

Y esta historia termina despertando al que escribe esto del sueño dormido. Pues el viajero, solo ha estado en Ainsa en sus sueños más profundos. Tiempo quedará para hacer el sueño realidad.

El viajero que pasó por Asturias



Amanece sobre Asturias, como si el día se inventara con la mágica pincelada de la acuarela más pigmentada y sólida a la luz del tibio sol. Las montañas de macizo roquedal, se levantan de su letargo cada noche de su profundo sueño y se muestran casi divinas, muy dulces, muy de confitura. El verde en diversos tonos se expresa manifestándose vivo y rítmico, como una danza relajante, hasta lograr una sensación armónica y equilibrada de la belleza de la pradería donde el aire comparte el gusto y la contemplación por la naturaleza más viva. Una tranquilizadora combinación de verdes cubre como un tupido manto de musgo los valles asturianos, los cuales se prestan al momento de la mañana madrugadora. Mientras, la fauna autóctona y pastoril del lugar, se adhieren al mágico momento del despertar de la mañana como si fuesen puestos allí cada día, donde cada cual, conoce su espacio y el lugar de su paraje original. Todo se armoniza y se comparte al gusto en canto y alma siguiendo su orden natural. El árbol perezoso y remolón, lentamente se levanta y se alza erguido como un castillo, mientras el tacto que le resbala queda maduro como un tronco barnizado en resina ,que se rehace a cada hora, como lo hiciera el capullo de la mariposa. El viajero se detiene un momento a contemplar y a ver el paso del tiempo perdido de ese camino ya olvidado que es dejarse llevar por lo vivido y la aventura sana.

El viajero se está tomando un café en una mesa de madera típica de la región. Son las ocho de la mañana, muy temprano para tomarse una sidra. Igual, debe ser la edad y no la costumbre. A saber: El viajero ha quedado con Juan. Juan, es un amigo y también propietario de Milla Verde, que es una empresa dedicada al turismo rural y de aventura. Juan, es un hombre todo

bondadoso en el que puedes confiar y brindar tu amistad. Y a medida que lo vas conociendo y tratando, imaginas que te irías con él a cruzar mares y tierras lejanas sin pensarlo demasiado.

Son las nueve de la mañana, una hora discreta, ni muy temprano ni muy tarde. En estas cosas de los tiempos de los relojes cada uno se lo maneja como puede y como le pida el cuerpo. El amigo Juan, de Milla Verde, se acerca en un coche de color verde, un utilitario de estos de batalla que te suelen llevar a todas partes y nunca se queja ni nunca se estropea. El auténtico todo terreno es aquél que te lleva a todos los sitios sin más filigranas ni más adornos que las de su tracción humilde y trabajadora, como aquel caminante que anda la senda solo con la suela del zapato.

El viajero se da un fuerte abrazo con Juan. Se encuentran, se abrazan y se dan los buenos días como corresponde al refrán que dice: siempre es corto el camino que lleva a casa del amigo.

“-¡Hombre que ilusión verte de nuevo! ¿Cómo ha ido el viaje?

-Un poco mareado en el avión, pero nada que no solucione un buen almuerzo. ¿Cómo va la empresa de aventuras?

-Bien, bien. Ahí estamos, luchando. Dijiste por teléfono que me ibas a escribir algo especial, alguna cosa que nos distancie un poco de lo típico y comercial de siempre.

-Acabo de empezar, amigo Juan.”

A veces, la amistad se puede medir por el instante que dura un abrazo y la complicidad de las palabras en confianza y sencillas que suelen saber a dónde van.

Milla Verde es una empresa que se dedica a organizar deportes de aventura y actividades relacionadas con la naturaleza y el turismo sostenible. Desde piragüismo, senderismo, espeleología, rutas organizadas, paseos a caballo... y lo más importante; siempre acompañado por un monitor o un guía profesional que hará que el momento vivido sea inolvidable para hacer realidad el deseo aventurero del cliente. Juan es el dueño y alma de esta empresa con una

experiencia de muchos años en esta actividad del turismo y el ocio. Aparte de ser un aventurero nato y experimentado en su oficio.



El viajero y su amigo Juan hacen recorrido por la carretera que lleva a LLanes, dejándose llevar un poco por la sorpresa del camino y el recorrido de las manecillas del reloj que no llevan prisa ninguna. Desde el vehículo se puede observar los hondos y frondosos paisajes de una excelente vista y contemplación. Al viajero le llaman la atención unas vacas pastando tranquilamente, se las ven muy reposadas y sosegadas. Vamos, poco estresadas.

“-Hay que ver Juan, lo tranquilas que pastan, ¿eh? Y son de diferentes colores.”

Juan sonrío y le explica al viajero:

“-En Asturias hay tres clases de vacas. Las pardas de valle y montaña que dan buena carne, y las de manchas negras que dan excelente leche.

-¡Caray!

-Sí, y a todas les gusta estar tranquilas y que no se metan mucho con ellas.

-Pero fotos se les puede sacar, ¿no?

-¡Hombre claro! Que pregunta.”

En Asturias hay casi medio millón de vacas entre las que predominan las frisonas, llegadas desde Holanda el siglo XIX y provocó la colonización. Los que venimos de la estresante y mercantil ciudad solemos carecer de la virtud de la sabiduría de la vida rural, que es más tranquila y sosegada. Pero, como la

ignorancia tiene la cura del saber escuchar y atender el apuro, nunca es tarde para crear afición qué, al final, a todos nos llama.

Seguimos rodando carretera y el verde de la hierba sigue sorprendiendo por el contorno asturiano, y también por los senderos del río que recorren el camino paralelo a la carretera, y que alcanzan todos los recoletos de la mirada allí donde se fija. De repente, Juan detiene el coche en un arcén.

“-Ahora te voy a enseñar un lugar donde la mañana ablanda a las criaturas y es imagen de vida: la iglesia de Niembro, que te hace presa dulce en su mirar y atrapa a la razón que se le resista.”

La iglesia de Niembro se muestra con su cielo gris que es típico de estos lugares. Fotografiarla es llevarse el recuerdo en la mochila.

Juan es medio poeta. Y si no hubiera sido aventurero hubiera sido un buen trovador de cantares por los caminos. Los dos bajamos del coche y andamos unos pocos metros hacia el borde de la senda que baña con cariño el infinito río.



La iglesia de Niembro a estas horas de la mañana se presenta misteriosa y arcana. Parece que invite a un recogimiento y reflexión improvisada, creando uno de esos momentos mágicos del amanecer que sólo la sorpresa y el pasar por allí con alguien conocedor de la zona, pueda darse, con su magia encantada en proporción con lo que se siente.

La iglesia está ajardinada por tierra sagrada, donde los difuntos descansan en paz tranquila e infinita y muy reconfortante. A estas horas de la mañana la marea está baja y las barcas rozan con sus cascos el moho adosado a ras de barro; quedando al descubierto sus vergüenzas. El viajero y su amigo Juan, de Frontera Verde, se quedan unos momentos en silencio para aprovechar el momento introspectivo. Estos momentos están muy bien porque le hacen pensar a uno, cosa que tampoco es dañino y nocivo para la salud. La iglesia se refleja en el agua como un espejo sentimental, produciendo una refracción de destellos y brillos que se proyectan en la ría y que la mañana ha parido a la sombra de la silueta de la que se alimenta. Es esa hora de la mañana, en que todo huele a fresco y humedad, donde el tiempo se detiene para hacer el instante eterno. Las sombras proyectadas en el agua de los ríos se muestran frágiles porque son como el truco del espejo, ya que sólo la naturaleza guarda en una cajita mágica, su misterio.

El viajero y su amigo Juan se suben al coche y continúan ruta. Un conejo despistado y saltarín con los ojos rojos como dos puntitos de azafrán, cruza la carretera por el medio, así, casi sin mirar. Juan toca el claxon como para pedirle paso. Los conejos, probablemente ya estaban aquí antes de hacer carretera alguna. Se desconoce si los conejos de monte se santiguan antes de cruzar una carretera o estiman conveniente encomendarse al código de circulación.

El viajero se siente cómodo en el trayecto, apoya la cabeza en el cristal de la ventanilla de la puerta del coche y se deja llevar por lo que ve a través del cristal. El run-run del motor no molesta y el bienestar de la contemplación hace el resto. El paisaje asturiano se muestra a la retina del ojo como si desvelara secretos guardados por el tiempo, o que algún tipo de hadas encantadas guardaran tales misterios. El inquieto latir de la mañana se presta al momento vivido con olor a brea, a hierba y a castaño centenario. Amados y amantes que se olvidaron del amor pasaron un día por aquí, por estos caminos, y tallaron nerviosamente sus iniciales dentro de un corazón, esculpido torpemente en la corteza de un árbol, que guardó para siempre la memoria y el acontecimiento de aquel día.

Juan, le resalta al viajero la importancia y las ventajas de ir acompañado por un guía cuando visitamos un lugar que desconocemos.

“-El guía profesional combina el calor humano con el conocimiento de la zona, desempeña un papel crucial a la hora de explorar una zona o disfrutar de una actividad, donde el arte de la relación humana es indispensable. El guía siempre sabe por dónde se mueve, suele dominar más de un idioma, lo que facilita entretener y atender debidamente a un turista y que éste también se sienta seguro.

“-¡Claro, claro! Y yo, con lo despistado que soy. Un día me perdí en el supermercado y me puse muy nervioso. ¡La que lié yo solo! Hasta avisaron a la Guardia Civil y todo.

-Je, je. Pues cuenta amigo viajero, que más de alguna desgracia se suelen producir por el desconocimiento de los lugares y las imprudencias de adentrarse en terrenos desconocidos.

-¡Claro, claro! Esto del guía es algo muy a tener en cuenta.

-¿Vas bien? –Dice Juan-.

-Hombre, de momento la cosa va lo que se dice rodada. No hay queja.

-Además, lo que puedes encontrar en unas pocas horas con un guía, podrías tardar días en dar con ello. Es como navegar a ciegas o sin brújula.

-¿Y sobre todo ir siempre bien equipados no?

-¡Y tanto, y tanto! He tenido casos que se me han presentado con calzado “festivo” y ropa de noche.

-¡Ostras! ¿Y qué has hecho?

-Pues suministrarles el adecuado. Si sabes explicar las cosas con simpatía, la gente se suele adaptar y acaba entendiendo que a la naturaleza, tratada con el prudente respeto y sabiendo que se es huésped de ella, garantiza el vivir momentos inolvidables. Es entonces cuando los turistas disfrutan de verdad la esencia de lo natural y espontáneo, de las bondades del terreno y la naturaleza más viva.”

El viaje se va animando. Juan y el viajero hacen charla y se explican anécdotas el uno al otro. También hablan de temas humanitarios como queriendo solucionar el mundo con la imaginación. El viajero piensa que, enseguida, se ve la buena gente y el buen trato recibido. Las buenas gentes saben madrugar con el sol, saludan con amor cada amanecer; están alegres, activas y optimistas; hablan con propiedad y con sencillez. A la vez, el viajero sabe de la importancia que es ir haciendo amigos allá por donde se pisa y por donde se transita el camino.



El paisaje asturiano sigue haciendo tirabuzones en el aire, mostrando la riqueza de sus valles en todo su entorno natural. Por ásperos caminos anda el caminante como acontece a quien ha decidido como vano la empresa de la aventura. Y, en su consentimiento, disfrutar de lo sentido y vivido. Dice un proverbio japonés: “mil árboles que crecen hacen menos ruido que un árbol que se derrumba.”

En el cielo, unos dulces y alegres pájaros cantan una envidiable melodía. Si se les escucha atentamente, cerrando los ojos, uno puede imaginar que celebran la divina felicidad y el bienestar de sus pequeñas alegrías, y a veces, también se precian entre memorias tristes o llantos trémulos en ásperas piedras. Los pájaros migratorios tienen muchas horas de vuelo y se orientan como nadie en los azules cielos, alzan los ojos, se arrugan la frente y beben de los vientos que chocan suavemente contra sus frágiles alas.

El viajero y su amigo Juan, -charlando y dándole al palique gustosamente-, llegan al municipio de Llanes, que es como un paisaje de auténtica postal y extraordinaria belleza innata. De esas, que cuando entran por la retina, llenan

de relucientes momentos y de ardiente vista el alma y el espíritu; y que no se suelen borrar de la memoria jamás, ni tampoco derretirse a las vistas impresionantes que a la razón resista, queriendo hacer el instante eterno y permeable para siempre.

En Llanes la ola rompe al final de la ensenada y la marea se esconde mansamente cada doce horas. Tranquilas y apacibles, sus aguas entran hacia adentro de la villa como queriendo recorrer el sabor del salitre por sus calles, camino para adentro, que recorre suavemente toda la ría. Se escucha el sonido mágico del resonar del eco que apaga los sonidos del puerto al que se dirige y qué se quiebran perpetuamente para siempre. El olor del salitre desprende ese fuerte aroma que tienen los puertos marineros, esa fragancia inconfundible de sabor de algas y de sapidez salina que embriaga los sentidos. Sus balconadas pegadas a los cantos pulidos de sus casas habitadas, miran al mar vestido de azul. Haciendo una ilusión visual puramente contemplativa. Palabras líricas salen de los labios del viajero que saborea el paisaje como un néctar maravilloso, como si fuese poesía hecha por un trovador de impulsos misteriosos y reservados. El pueblo de Llanes atrapa con su belleza de colores cromáticos e irrepetibles, cómplices de su mirada que va a todos sitios. Absorbiendo como una esponja el deseo entre sus calles, que son como un puente de luz, y a cada paso andado con el que se pisan es uno menos para volver. Mientras, cae el cielo por la mañana para después dejarse perder por sus vías estrechas que desembocan en otras, todas ellas maravillosas. En un rojo atardecer de primavera en Llanes y se pueden encontrar los sueños sutiles del viajero más exigente.



El viajero y su amigo, al paso andado, se introducen por una estrecha callecita que desemboca en unas escaleras de piedra que conducen a un pequeño mirador y que tiene al mar como testigo presente. Es como una auténtica terraza marina, una galería donde se puede ver la gracia de la ola cuando llega mansamente a la orilla de la playa de San Antón para descansar en la tupida y mansa arena. Disfrutar del mar y del viento no tiene precio, no tiene tasa ni tributo alguno, es una cuestión de percibir un pequeño sentimiento que sólo se puede sentir en el momento de vivirlo. La terraza tiene forma de platea y mirador, está cortada por rocas afiladas y curtidas por el viento murmurador y soñador. La caleta se convierte en un palco privilegiado para contemplar la magia de la costa asturiana, y de quienes el pensamiento más atrevido miran el horizonte del infinito mar. Pudiendo imaginar uno que parte hacia lugares extraordinarios y lejanos. Haciendo de la travesía, una fábula que desprende y desata delirios, haciendo un arte de la aventura, donde la belleza del mar atajará la largueza del camino que se desliza bellamente entre olas que pueden detener el tiempo.

Viniendo por la carretera dejando atrás Llanes, Juan gira a la derecha y detiene el vehículo enfrente de una valla de madera bastante vieja, más que centenaria. Y le dice al viajero:

“-Ahora te voy a enseñar una parte misteriosa de Asturias.”

A diez kilómetros de la villa de Llanes y cerca de la desembocadura del río Beón, donde comienza el valle de San Jorge, se ve en el solitario y romántico paisaje, rodeado de montañas, el antiguo y abandonado monasterio de San Antolín. La iglesia del monasterio de San Antolín de Bedón se halla cerca de Naves. De este antiguo convento de monjes Benedictinos, magnífica fábrica levantada en la desembocadura del Río Beón, al parecer en el s. XI, únicamente se mantiene el templo, precioso edificio erigido entre finales del siglo XII y el primer tercio del XIII, perteneciente al románico tardío, «contaminado por los postulados desornamentados de la Orden cisterciense»



El monasterio de San Antolín está abandonado hace ya mucho tiempo, y tiene sus propias leyendas y misterios. Hace años que los monjes dejaron la casa de espiritualidad para marcharse a otros lugares o desaparecer entre las cómplices umbrías de las sombras. Este monasterio perteneció a la orden del Temple. Esa orden misteriosa donde su éxito se encontraba estrechamente vinculado a las Cruzadas. El monasterio está en ruinas; afuera, a pocos metros, una yegua y dos caballos pastan exhibiéndose y señalando el camino a quien se acerque y se arrime.

El monasterio es de arquitectura bizantina, con alguna mezcla de gótico. El viajero y su amigo, se adentran en el antiguo monasterio. Está totalmente derruido por dentro, pero conservando algunos pasos de la insegura huella que dejaron al rastro silencioso y misterioso sus moradores monjes, que normalmente estaban siempre en silencio. De su fachada se advierte el peso de los años y de los siglos. Bajo las ruinas que tapizan el suelo del templo, laten dentro igualmente, miles de misterios.

Cuenta la leyenda que el joven infanzón Munio Rodríguez Can, conocido más bien por el Conde Muñazan, hijo del poderoso caballero Don Rodrigo Álvarez de Asturias, Señor del territorio de Aguilar en Llanes, abuelo del Cid, tenía dos hijos más, Nuño Álvarez (de quien viene la descendencia de los Álvarez de Asturias) y Teresa Núñez (Madre del Cid, que se casó con Diego Lainez de Burgos). Está muy bien eso de que las familias se lleven correctamente.

Se dice también, que pocos minutos corrieron desde que la campana de San Antolín de Bedón anunciara la venida del alba hasta la hora de los rezos matinales, cuando un joven novicio se atrevió a distraer la atención del Abad, que devoto rezaba, para decirle que un caballero aguardaba en el pórtico del monasterio, y que exigía al instante de su presencia para un asunto de vida o muerte. Acudió el prelado presuroso, y fue llevado por el desconocido a un cercano bosque, donde se hallaba una litera custodiada por seis hombres armados. En ella había una bellísima joven enlutada y llorosa. Apartándose a un lado sus guardianes, la dejaron un breve rato en libertad con el religioso que la confesó y absolvió.

El escudo de piedra que luce en la fachada tiene ese aire misterioso que tienen los monasterios, ese embrujo místico y que hace pensar en la mano que manejó el buril que cinceló el escudo heráldico, donde dentro de él, en su fondo, que es como en un mural, muestra el escudo que se materializa por la forma geométrica y sus divisiones potenciales. De todos es sabido, que en el templo se hacía una vida comunitaria, espiritual y mística. Al viajero, los monasterios siempre le han parecido templos de sabiduría y erudición. El viajero con la imaginación vive el suave, sereno y acompasado transcurrir de la vida. Igual, un día de estos lo deja todo, se retira y se dedica sólo a escribir historias. Todo se andará.



El viajero y Juan se adentran en la planta baja del monasterio, donde las vigas que sustentan las paredes y los suelos muestran la señal del paso del tiempo, de las místicas acciones y de los pensamientos solitarios. Si uno se esfuerza, con el oído, se puede escuchar el resonar del eco de los rezos que

quedaron sostenidos un día en el aire, y que amparan el reservado misterio de sus secretos y que igualmente custodia; Luz a luz, ser a ser.

De repente, Juan le grita al viajero:

“-¡Cuidado!, no pises ahí.

-¡Ostras!, igual es una reliquia de esas de museo.

-¡No hombre no!, es una boñiga de caballo, que cuando llueve se resguardan aquí dentro.

-¡Ah caramba!”

El viajero que es un poco patoso, suele hacer el ridículo de vez en cuando. Nada serio, solo es una afición. El viajero está muy lejos de emular la figura de Indiana Jones o de aquel explorador llamado And Munsen.

Juan le dice al viajero:

“-¡Mira, mira! la yegua y los dos caballos nos están observando.

-Igual son los últimos guardianes de la “orden”.

-Pues no se me había ocurrido. Como misterioso sí que es, y novelesca queda la cosa. Aquí puede darse cualquier cosa.”

Por esta zona anduvieron también los romanos, más organizados y más pragmáticos. Y probablemente, menos misteriosos. Hasta se trajeron sus Legiones y todo. Se ve que hubo una montaña de hostias de aquí te espero con la población autóctona.

Sea como sea la leyenda y la aventura está servida. El viajero y su amigo Juan se alejan en silencio del monasterio de San Antolín, teniendo la certeza y la convicción de que volverán a él algún día. Los dos vuelven a coger el coche y se alejan de la zona.

“-Juan.

-¿Sí?

-Me parece haber visto la figura de un monje por el retrovisor.

-¡No me digas!”

Ambos se miran a los ojos y se entienden los pensamientos con la mirada. Saben, que otro día han de volver para ver que guarda eternamente el secreto del templo de San Antolín sólo a quien a mostrar debiera. El viejo castaño que lleva quinientos años haciendo sombra enfrente del monasterio, inquieta cuando mueve sus ramas muy agitadamente por el golpeador viento, dejando la huella de su silueta umbría entreabierto como si fuera la puerta de la entrada del alma. Los caminos que resultan imposibles, a veces, pueden ser recorridos con la imaginación y el relumbrar del misterio.



Cae la tarde en el tiempo del estío con la tibieza del sol asturiano como testigo. El viajero y su amigo Juan se dirigen a una de las playas con más encanto de la costa asturiana. La playa de Gulpiyuri, que tiene nombre exótico y nativo, está situada entre la Punta Rociera y Castro Molina. Gulpiyuri es una pequeña playa situada en posición retrasada respecto al borde costero, escondida entre recoletos y formada en su mayor parte por arenas cuarzosas. Se trata de una colina inundada, inmersa en una plataforma cárstica y aislada de la superficie del mar abierto. Conecta con el mar a través de una caverna, con lo que se deja sentir la influencia de las mareas y la acción del oleaje. Se encuentra situada en el concejo de Llanes, al norte de la localidad de Naves, entre la Punta Rociera y Castro Molina. Y hay que recorrer a pie un pequeño sendero que lleva a la maravilla de su belleza inusitada y su tejado de cristal. Su cueva en la misma roca, es por donde se cuela la brisa, como en una guarida de concavidad subterránea, por donde pasa el hueco redondo del suave y tierno mar. El agua, tras una lucha agotadora y de viaje desde ultramar, llega a la playa de Guapiyiri cansada y exhausta. Es entonces cuando aprovecha el momento para descansar en éste, un paraíso maravilloso creado por la propia naturaleza, convirtiéndola en un islote de pura piedra y de agua

salada y desnuda para sentirse un poco nómada. De la caleta con silueta que de un esbozo y sombra el mar cubrió de olvido. Su arena fina es de caliza molida templada en colores naturales, teñidos con mates satinados de pigmentos mates y brillantes que se cuelan con la brisa. La playa de Guapiyuri es tierra al lado del mar, que piensa hacer verdad su fantasía, como quien acontece a la magia de la ola que se muda a ras de grava como quien sus paredes ha vestido de ocre y polvo.

Guilpiyuri es una de las más singulares playas asturianas por ser un espacio cerrado al mar, con el que se comunica subterráneamente. Se trata de una depresión interior, alejada unos 100 m de la línea costera. Como enclave de alto interés, Gulpiyuri ha sido declarada Monumento Natural. Es un espacio de gran singularidad geológica y paisajística, que se inunda durante pleamares vivas, confiriendo a esta playa la apariencia de una piscina salada. La tranquilidad que cabe dentro de una mirada se hace realidad como una dicha prometida en esta maravillosa playa. Se encuentra situada en el concejo de Llanes, al norte de la localidad de Naves, entre la Punta Rociera y Castro Molina. El alma tranquila se libera de las alambradas del estrés y el agobio liviano e inseguro desaparece al momento, para encontrar la paz como un rumor de agua clara. A la vista, las rocas cercanas y el verde musgo que el viento peina con disimulo. Por encima, el azul cielo infinito se muestra libre de tormenta, de un viento que viene curtido de aventuras y misterios. Es un viento viajero que de otros lugares trae mensajes lejanos, porque igual se quedaron suspendidos y como perdidos en algún que otro sitio.



El viajero y su amigo Juan disfrutaban de la belleza y la paz de la caleta, sintiendo los destellos que les llenan de armonía, escuchando el sonido del mar hasta que penetra en el alma haciéndola un poco salada.

“-La vida dormida es perder el momento, amigo viajero. ¿O no vale la pena vivir despierto este momento? –Dice Juan-

-¡Caray Juan!, nunca había visto nada igual, ni me había sentido tan cercano al puro placer del bienestar más natural.

Hay cosas que se dan en el silencio y en los lugares apartados y alejados del mundanal cemento. Sentir un no sé qué cuando las miras, como alejado de la realidad, mientras el riachuelo de clara agua, que penetra por debajo de la piedra de la playa de Gulpiyuri, es esencia de mil alegrías que despierta los sentidos, que aviva la trayectoria de lo sensible. Porque al final, todos necesitamos un alma relajada cuando estamos en una envidiable paz interior. Miles de gotas de mar están inundando la costa asturiana, y que hasta con paciencia infinita puedo encontrar mi camino a casa.



En Asturias, son muchas las ofertas y propuestas a nuestro alcance, que nos atrapan y nos enredan, para descubrir lo que tanto deseamos en nuestro rincón del tiempo aprovechado. Donde nada nos dejará indiferentes, ni insensibles a su belleza presumida y coqueta, que como un elixir de diversión y recreo, nos recorrerá todo el cuerpo. Y el alma también, cuando ésta, nos atrapa en el placer de nuestros momentos de descanso más anhelado. Porque la felicidad, al final, a todos nos llama y a todos nos contenta.

Juan, es como el hombre aquel que viajó, ando, conoció y acabó descubriendo las tierras asturianas al paso, caminando y al momento vivido.

Ya la tarde empieza a caer y el día llega a su fin. Ha sido un día espléndido, de sensaciones y emociones vividas. De una opción diferente de entender el turismo, para acercarnos un poco más a la vida rural y aldeana. A veces, en la sencillez y en la complicidad que tiene el factor humano está el secreto de unas vacaciones imborrables. Las grandes ciudades, el excesivo nerviosismo, pueden ser una manera tramposa de vivir la vida. Demasiados miramientos y superficialidades que a veces provocan cínicas reacciones.

Juan y el viajero se están tomando un refresco en una terraza ajardinada, rodeados de crocosmias y portulacas, que son flores autóctonas asturianas. Va llegando la hora de la despedida y parece que ninguno tenga prisa para acelerar el fin de este encuentro.

El viajero le dice a su amigo:

“-Ha sido un día entrañable y fraternal, vivido entre la piel y el alma.

-Sin duda. No creas, a mí también me hacía falta desconectar y salir un poco de la rutina.”

El tiempo pasa despacio cuando se forja una amistad. En la terraza se está muy a gusto y nadie tiene prisa porque no la necesita. El viajero le cuenta a Juan:

“-Esto hay que plasmarlo en historia contada sobre papiro, porque las palabras escritas son como caminos, que te pueden llevar al lugar con la imaginación para después poderlas hacerlas realidad. Estas cosas suelen pasar de repente y casi nunca se pueden evitar.

- Lo dejo en tus manos, en confianza. Que sería de la amistad sinó la posibilidad de confiar en nuevas gentes, que es lo que hace que la vida sea interesante, palpitante y original.”

El viajero recuerda una poesía que leyó sobre el valor de la amistad hace ya algún tiempo:

“Amigos, siempre seremos amigos
para contar alegrías y tristezas, una a una

y así tendremos como testigos
al sol, al viento, a la noche, o a la luna.
Viajaremos por mundos distantes
para buscar con todo el empeño
¡Seremos como el caminante
que cabalga buscando su sueño!
Amigos siempre sobre todas las cosas
como van unidos espinas y rosas
sin que importe nunca distancia ni tiempo
tú serás la lluvia... yo tal vez el viento.
Yo así seguiré como lo hacen pocos,
buscando en la vida mis sueños locos
y si algo pasara. ¡Escucha lo que te digo
por todos los tiempos, yo seré tu amigo!”

D. Torrente

El viajero y su amigo Juan, de Milla Verde, se despiden como si fueran hermanos. Ambos dan su palabra de repetir este encuentro.

“-¡Oye! La próxima vez traemos a nuestras respectivas parejas y vivimos otro día de aventuras.

-Que así sea. Que esto sea el comienzo de empresa y alegrías compartidas.”

El viajero se va alejando de Asturias con su mochila a la espalda. Le gustaría quedarse unos días más, o igual para siempre, porque el destino nunca te dirá donde recalarán tus futuros días. Porque eso, forma parte de la magia de la vida y la maravilla de su misterio.

El viajero que pernoctó mansamente en el hotel Luna del Valle



El sol ilumina aseñorado y radiante como un candil de mariposa amarillenta encapuchada. Pasa trazando el camino titubeando, casi con un trémulo centello luminoso con sus rayos traslúcidos por el municipio costero de Llanes. Con el Cantábrico como testigo habitual de cada nuevo día, se levanta la mañana limpia y pura como el sorbo del néctar en el cáliz de la vida. Ya, la noche, se despide para echar a volar tranquila a sus sosegados aposentos. Se acomoda el suave pensamiento del traslúcido amanecer. Y, un lazo de nudos imaginarios, se desatan y escapan de la memoria viajera, en forma de pensamientos de infinitas delicias, delicadas y sutiles al tacto, como una suave y sedosa medusa transparente y liviana que va a la deriva. Y en el letargo del viaje, todo se hace con el mismo ímpetu y vehemencia. Como lo hiciera una discreta medusa. Al viajero, las medusas siempre le han parecido seres maravillosos que vienen de inimaginables lugares.

El viajero se apea en la estación de “Nueva de Llanes”, viene de Oviedo, que es ciudad tranquila y de concepción urbana. La estación del tren de Nueva, es pequeña, pero diáfana y limpia. Son las siete de la mañana. Mientras, en el municipio de Nueva de Llanes empieza a clarear, abierto como la flor, cubierto de ese especial rocío que dona la temprana mañana, tiñendo de verde el húmedo prado y de azul celeste, el infinito cielo. El aire se manifiesta silbando y engreído, casi provocador, soplando a ras del verde pasto asturiano, para que entienda que viene de otros puertos más lejanos. Es un aire viajero y algo trotamundos, un aire que parece como si se preguntara a quien aguarda a su llegada.

Al Viajero se le ocurre un sencillo poema:

“Las mañanas que estoy cerca del mar, oigo como una voz que me dice al oído: Hoy estoy en aquel pueblo donde me trajo un amigo”.

A Nueva de Llanes, el viajero viene invitado por su amigo Antonio Sainz, que es el propietario del hotel “Luna del Valle”. Es una casa antigua de aldea asturiana del siglo XIX reconvertida en un espectacular hotel, donde el confort acogedor y los deleitosos momentos de luz, hacen que la intención de pasar unos días de descanso, sea un capricho al punto de lujo pero sin llegar a lo vanidoso.



Nueva de Llanes es una villa que abraza mansamente la costa occidental asturiana, a unos pocos kilómetros de Llanes, y a otros pocos de Ribadesella. Tiene unos setecientos habitantes, -más o menos-, y todos se suelen llevar la mar de bien. Es un pueblo tranquilo y apacible, sin prisas ni agobios que lo espanten. Ubicada entre el lustroso mar y rodeada de esbeltas y verdes montañas, y a muy poca distancia de varios puntos turísticos de su entorno.

El Viajero se encuentra con su amigo Antonio que le da la bienvenida.

“-¡Hombre Antonio! ¿Cómo va todo?”

El Viajero y su amigo se funden en un abrazo.

“-Bien. Aquí, preparando tu habitación.

-Que sea buena, ¿eh?

-Aquí todas son buenas.

-¿Y confortables?

-También, también.”

Hay varios monumentos en el mismo pueblo que si apetece se pueden contemplar. Destaca el palacio de los Condes de la Vega del Sella, que es un monumento construido a partir de una torre medieval. “Ricardo Duque de Estrada, Conde de la Vega del Sella, fue uno de los principales historiadores de comienzos del siglo XX, no sólo de España, sino también de Europa. Nació en Pamplona en 1870 y murió en Nueva en 1941. Fue naturalista, historiador, paleontólogo y científico, aunque su primera carrera fue Derecho.”

El Viajero piensa, que esto de tener escudo de armas y estudios está muy bien. Y la gente lo suele respetar bastante.

“-Pues yo, amigo Antonio. Mi familia, ni escudo de armas ni propiedades. Eso sí, salud y buen vino no les faltaron nunca.

-Je, je.”

Antonio, el propietario del Hotel Luna del Valle, sonrío con las ocurrencias e ironías del Viajero.

“-¿A cuánto está Ribadesella Antonio?

-¿A ocho kilómetros?

-¿Y Covadonga?

-A poco menos.”

Nueva de Llanes es un pequeño paraíso en plena naturaleza, donde otros pueblos y villas de Asturias están cerca las unas de las otras, y todas, muy bien comunicadas. Nueva, es un pueblo para dejarse perder por sus calles estrechas y ceñidas. Por sus tradicionales sidrerías y tiendas de ultramarinos, que han conservado y custodiado el paso del tiempo que no les ha quitado esbeltez y airoso de lo que el curso de las épocas suele borrar. Por sus fachadas, asoman adornadas las flores de yedra en trepadoras enredaderas, situadas y emplazadas con buen gusto y mejor cariño en cada recoleto del pequeño pueblo. La magia está a punto, y parece, que el paso del tiempo ha ayudado a las flores a madurar y granar su belleza. Al paseo lento, se produce

un bienestar armonioso que alivia el breve tiempo mío. El alma y el corazón se ralentizan, y actúa como un reloj descompasado, que marca los latidos de la tranquilidad más deseada. Igual, es qué aquí, el tiempo pasa de otra forma, con otra percepción, que hasta los relojes se pueden acompañar en el tiempo vivido. Como acontece a quien busca lumbre y destello en momentos de paz y contemplación.

El hotel Luna del Valle, es como un jardín encantado en plena naturaleza, de esencia y encanto natural que parece que no se acaba, Es como la mermelada y el “confeti”; es para degustarlo poco a poco, sin prisas ni apremios, porque la tranquilidad se siente al instante, con el duende misterioso y los contrastes resaltados para sentirse dichoso. Cuidado al más mínimo detalle y con la particularidad del buen gusto, atrae a la mirada imantada por su especial encanto de verdadera casa rural asturiana. Cuenta con diez habitaciones y dos apartamentos, todos diferentes y distintos. Ofreciendo al viajero una serie de sensaciones y momentos profundamente vivos, deleitosos y agradables. De esos, que quedan grabados en la mente como recuerdo indeleble que no se borra en mucho tiempo.



Su estructura es alta y sólida, la piedra pulida en sus cantos se ve y se siente por todas partes. Una sensación de confort, de colores y formas aldeanas hace que uno, se entregue al placer del descanso más sosegado, sin renunciar a toda clase de actividades que se realizan por toda la zona. Pues su céntrico emplazamiento, es punto de partida de diversas actividades que se realizan por toda la región. Desde senderismo, montar a caballo o diversas actividades aventureras.

El hotel Luna del Valle posee un piso noble en la casa, y una suave sensación al tacto de la madera que resbala profundamente viva. En el interior

del hotel, la piedra parece que susurre al oído como una caracola, porque sabe, que está muy cerca el mar. Sus verdes prados parece que no conocen la prisa ni la impaciencia. A veces, hasta se puede oír el sonido de un carro viejo al rodar por sus empedradas calles.

Las antigüedades y complementos que adornan cada estancia y cada rincón del hotel, le dan una personalidad propia y peculiar. No dejando al azar ni un sólo detalle que se escape al inherente y privativo estilo personal de su dueño, ha cuidado todo rasgo de la delicadeza que por toda la morada recorre. Aquí, se manifiesta y se deja ver la personalidad de Don Antonio; su espíritu viajero, su adoración por la cultura y su saber estar por el cliente. Haciendo del hotel, una especie de casa museo, donde cada habitación, nos ofrece un encantamiento diferente y bien distinto, donde cada estancia es de vibrante sensación y tranquilidad en abundancia; algunas con heráldicas, otras de nobles historias y personajes pasados. Está la habitación Napoleón, la Dalí, la Don Pelayo..., etc.

Un poquito de ensueño se apodera del viajero, que se aposenta en la habitación elegida, y le invita a un reposo que palpita por todos los poros de la piel, de los espacios, de los tiempos, de los sentidos. Las angustias y los problemas quedan atrás, o en una cajita mágica invisible en las que el Viajero guarda las prisas y las impaciencias que suelen quitar salud y lozanía. Con sutil esencia, el viajero se deja llevar por un rumor sonoro que le lleva al descanso más plácido y sosegado, donde la quietud navega por los senderos infinitos de su mente.

El hotel despunta y sobresale por su estructura y andamiaje. Restaurado con la fragancia que da la madera en toda su armadura, es capaz de arrancar sensaciones del denso silencio que invita al descanso más arrinconado. Al Viajero, un momento de sonoro silencio le recorre por todo el cuerpo, trayendo consigo el perfume de la esencia del generoso olor a roble que transpira con su olor a cuevas por toda la casa. La madera, es de material noble y agradecido, vivo y potente, de esos que embriaga los sentidos, pudiendo alargar la mano y tocar los cantos y los filos, acariciándolos como si fuesen verdades convincentes.

Los colchones que invitan al descanso son de micro látex. Y uno, parece que flota en la cama que se convierte en lecho sibarita y exquisito. Sus sabanas, de tibio envolver del cansado cuerpo, son de puro y honesto algodón. Y abrazan al cliente como en un bálsamo de suave resina en el largo tiempo que dura el descanso, produciendo sensaciones del reposo más suave y exquisito. Y hay, como cosa curiosa y poco vista por las hospederías de España: una “carta” de almohadas, como para completar y rizar el rizo de este templo del descanso en plena naturaleza asturiana. El bienestar y la comodidad, transpira y se rezuma por todos los poros del hotel. Lo vetusto se hace vanguardista y lo añejo se hace alcuña de solera, capaz de exhalar su aroma de hospitalidad casi bendita durante más tiempo. En el Hotel Luna del Valle, se pernocta en la noche más sosegada y limpia de pensamientos desorientadores y de intrusión aturcidos, que en otros sitios se romperán por carecer de cómplices prudencias.



Antonio, el dueño del hotel, le cuenta una curiosa anécdota al Viajero:

-“Esta maleta me la traje de un viaje que hice a Colombia. La compré en un mercado al aire libre. Pesa unos treinta kilos, ¡vacía!

-¡Caray!

-Sí. Y además, como puedes ver, sirve de colgadero y perchero. Es como un armario artesano, hecho a mano y con la bondad que da el trabajo bien acabado.

-¿Es algo artesano y pieza única supongo?

-¡Y tanto y tanto! Lo que me costó traerla.”

Cuando se entra en el hotel pasando por el portón principal de la entrada, la recepción queda a mano izquierda. Atiende la señora Sandra, que es mujer joven, todo amabilidad y de serena belleza. La señora Sandra, es mujer encantadora y da confianza por su sutil y discreto trato. Cosa, que el cliente siempre agradece por ser un arte el oficio de discretos. Un poco más adelante, al lado del salón de lectura, hay un reloj tipo carillón. Es un reloj sin agujas. ¡Cosa curiosa! El viajero, entiende que es metáfora y parábola de que se detiene el tiempo por unos momentos si uno lo desea de verdad. Las cosas, a veces, son suficientes sólo con desearlas para que se cumplan. El tiempo pertenece a los senderos que llevan a la imaginación de aquel bien que está presente y a la vez ausente en la memoria. El tiempo se puede detener si uno quiere, y no hay más que anhelarlo con empeño para que ésta sana barbaridad se haga realidad, para cuando la noche pase y asome el nuevo día y nazcan ilusiones dulces y alegres, siendo cada mañana diferente a la de cualquier otro día.

En la sala de lectura que está situada al fondo de la planta baja, transpira un continuo bienestar que invita a sentarse en uno de sus cómodos sillones. Ojear uno de los tantos libros que descansan en sus viejas y nobles estanterías. A elegir, entre memorias tristes o alegres historias contadas en papel escrito. El placer de la lectura o del solitario pensamiento, abrazan al huésped más exigente. Es ese momento tranquilo, ese momento que es amigo del silencio y del manso pensamiento. El de charlar con quién se coincida si apetece, o el de hablar con uno mismo, hace que el momento sea especial y mágico, tranquilo y sosegado. Es de esos instantes que tanto ansiamos cuando estamos en las grandes urbes, y qué es casi imposible de hallar por avenidas y ramblas. Es placentero ver con los ojos tranquilos y con la mirada perdida, la mente relajada y el espíritu amansado. Las habitaciones del hotel son estancias de relleno arquitectónico por sí mismas, y de serenas molduras que inundan el espacio, que visten sus paredes y techos. Cobijo y amparo son dados en todas las estancias con el barniz que las cubre con sus especiales características constructivas que no dejan indiferente al huésped. El hotel “Luna del Valle”, es casa de tierra arraigada, como un jardín que se presta al alma serena que no se acaba.

La peculiaridad y diferencia del hotel son sus habitaciones, todas diferentes y distintas. En esto, don Antonio, ha cuidado el detalle y la particularidad de la delicadeza y el gesto comprometido, donde se refleja también su personalidad. Y ha conseguido crear un ámbito único que invita a la fantasía, al suave, sereno y acompasado deleite del bienestar. Y uno, se siente como en un mágico encantamiento que le hace preso de la dulce fascinación. La sonrisa sale sola por el agrado de encontrarse plácido y manso, sin ver turbado el momento ni nada a qué la razón se resista. El viajero, se siente agradecido y satisfecho cuando las nobles maderas de las paredes supuran como la esponja lo hace cuando acaricia tibia la piel. Es esa sensación que deja vida y fuerza que obsequia el hotel con sus mejores galas.



El Viajero se acomoda en la habitación “Cleopatra”. Esta habitación se encuentra en el último piso. Es una buhardilla hecha y adaptada con una gracia de hermooseamiento, y engalanada con gusto a la vista y al tacto de lo percibido. Con nobles maderas que laten cerca de las paredes y de los suelos. En el gusto está el toque seductor en proporción con lo que se respira, como si fuera un perfume de esencia seductora. Al Viajero, le brilla el rostro de complacencia. Sólo entrar en la estancia, se contempla un escritorio de esos antiguos donde igual se hicieron importantes escritos, que invita a tomar notas y contar anécdotas sobre papiro. A la izquierda, una cama confortable está acompañada de un sillón de descanso embutido en cómodas almohadas. El Viajero, no puede resistirse ante tal tentación y se sienta en la poltrona sintiendo el placer de la criatura; confortable y placentero. En la habitación Cleopatra, si se mira hacia el techo, se pueden ver hasta las estrellas de noche con sus abre-ventanas abatibles, y parece que uno está en poder de la providencia para poder tocar las estrellas con las manos, o acariciar el tinte

color pastel del Arco Iris después de una sedosa lluvia. El cielo, está más a mano y parece que se revuelva en el vacío, inundando de luz la habitación que está cuidada al detalle más noble y generoso. Sorprende también el cableado eléctrico, que es de siga en par trenzados, y que le dan ese aspecto rural de antaño, como aquellas casonas antiguas de esos días en que vivíamos ahí, ya hace bastantes años. Su condición y ralea invita al suave, sereno y acompasado delirio del descanso, dejándose llevar por el ritmo lento y prudente del pasar del tiempo.

Su cuarto de baño es canto y alma como el de un coqueto tocador. Vestido con todos los complementos aromáticos de aceites y sales de olores agradables. El chorro del agua que sale del grifo de la ducha, es como un bendito alivio, un bálsamo reconfortante. Es posible gozar del placer del baño con beneficiosos aromas y unas propiedades únicas, pues olores a barniz y resina se mezclan con la inocua agua que destila armonía. Todos los baños están cuidados al detalle, son de gran colorido discreto y comfortable. Su ducha de hidromasaje se agradece como un placer fugaz que envuelve el cuerpo de tibia agua. Y uno, se transforma y muda como estuviera en una cascada de intensa vainilla que le acaricia toda la piel.

El Viajero, -bien duchado y relajado-, se va sin la menor vergüenza, dirección a la cama, a echarse una siesta lo suficientemente comfortable porque cree sinceramente que es una costumbre y tradición que no se debe renunciar ni prescindir de ella. Al poco rato, el Viajero, se queda dormido como un chiquillo porque nada le preocupa ni nada le inmuta. El Viajero se echa en la cama y se queda dormido enseguida en una comfortable siesta. Sueña y disfruta.

A la hora más o menos consumida, abre los ojos y se levanta. Se viste y baja al salón de lectura, donde Don Antonio esta ordenando su vieja estantería. Aquella que trajo de uno de sus tantos viajes.

-¡Qué bien he dormido Antonio!

-¡A que sí!

-¡Y vaya ducha me he dado!

-Cómo nuevo. ¿Eh?

-Mejor, como algo divino y glorioso difícil de definir en palabras. ¡Todo lo que deseaba en esta vida era respirar un poco de aire al despertar!

-¡Y disfrutar de la paz y la tranquilidad! ¿A que sí?

-¡Sin duda amigo mío!”

El viajero y su amigo se toman un café y hablan de literatura del siglo XVI.

-“Increíble Cervantes, ¿eh Antonio?

-Pues yo me quedo con los cancioneros y romanceros de Góngora.

-También fue un grande, también.”



El mobiliario que conserva la casa, mezcla el gusto clásico rural asturiano con grandes arcones, bancos de nogal, armarios de cerezo y suelo de castaño que se pisa con andares caprichosos. Las habitaciones constan todas de baño propio, cada cual distinto y peculiar, con su personalidad propia. La mayoría tienen bañeras tipo jacuzzi. El hidromasaje es un placer para los sentidos, un premio para un cuerpo que bien se lo merece, y que eleva el placer a la categoría del hedonismo más puro, en sí mismo, de plenitud y cumbre del reposo hecho realidad, donde el alma, abierta como una flor, se acomoda enseguida en el cuerpo. Al viajero, se le derrama como una lágrima en la mejilla, es una mezcla de felicidad y contento, que hace disfrutar del candor del momento que pensaba que le estaba vetado al mortal. Al Viajero, el cuerpo le queda limpio y reluciente como una buena conciencia.

En el hotel, se pueden elegir las estancias en función de la criba y el gusto de cada uno. O, del dejarse llevar por el capricho de probar algo distinto. Aunque también, se puede uno dejar llevar por la sorpresa y el asombro que da la atracción por un ambiente singular en concreto. Don Antonio, ha adquirido el

compromiso de traer la diversidad y la diferencia del turismo sostenible sin renunciar al acomodo del confort. Don Antonio es hombre comprometido, viajado y culto. Lo que hace de él, una persona sensible y extremadamente educada.

En los techos, sus vigas de madera, hacen que en todo momento se encuentre uno protegido y escudado. Los lazos de unión entre el mundo rural y el musgo verdinegro que decora toda la provincia, hacen los momentos tan serenos que se olvidan los golpes de la vida. Convirtiendo el presente en forma de caricia, de esas que se piden” ¡dámelo bien despacio que no tengo prisa!”

La casa de piedra de la que está construida el hotel, hace que se sulte el lastre del tiempo, viviendo el momento como maravilla del presente. Alcanzando al que sonrío en el momento cristalino de su estancia, yéndose camino del placer, cerrando sólo los ojos y dejándose llevar por el instante que dura la maravilla. Convirtiéndose todo en un instante intenso, un momento especial propio y singular, íntimo y de equilibrio personal, del regocijo por el gusto más visible y manifiesto. Porque la comodidad y el bienestar, al final, a todos nos llama y fácilmente uno se acostumbra enseguida a lo bueno.

La cocina Asturiana se muestra en estado puro y virtuosa en sus fogones y sartenes. El hincar el diente y contentar al estómago, siempre es un talante y agradecimiento de conocer la tierra donde uno va pisando y haciendo camino. En la cartografía del buche y del estómago, se suele pedir las viandas al gusto y sabores que le sorprendan a uno. La naturalidad de las costumbres culinarias asturianas, vestidas de brasero, calienta el estómago y complace al paladar más sibarita. Desarrollándose todo a gusto y tiempo de quien satisface el momento placentero del manducar. El hotel Luna del Valle, al ser un punto céntrico, está rodeado de buenos restaurantes, donde comer algo o tomarse una buena sidra nunca cansa y reconforta mucho cuerpo y espíritu.

En la Asturias costera, tibia como el sol en la mañana cristalina como un cristal, el olor de la mar permanece a poca distancia. Sus playas, fondeadas como en un refugio de paz y serenidad envidiable, donde el aire sonrío alegremente, donde la ola y la roca se abrazan y se funden como compañeros de juegos y amantes a la vez. A la vista de la costa asturiana de Llanes,

cortada por rocas afiladas y riscos siempre despiertos, se contempla el horizonte marítimo que se muestra limpio y puro como una basílica.

En Llanes, su litoral costero, es espejo en ribera que se extiende como una tupida moqueta a lo largo de la costa, en el extremo oriental de la región. Bañada por el mar Cantábrico en su totalidad. Llanes, es villa mimada y consentida por sus aldeas y los pueblos de su alrededor. Sus calas marineras, son un frenesí de fantasía y tiempo para poder soñar despiertos. Hermosas e iluminadas, con el suave sol que se deja caer en el norte asturiano, que es fuerza vital y vigor que derrocha alegrías. Pues el sol, es astro que se refleja en la pared del cielo y vuelve a rebotar en ella. Mientras, las olas azuladas se pasean cercanas a la costa en forma de presumidas ninfas, como buscando la temprana suerte de romper el sonido de la pleamar en sus tupidas playas. Que como alegres mantos de agua abrigan su ribera. La ola llama al Viajero, y éste, la obedece. La gaviota solitaria, al amanecer, presume con sus alas desplegadas y oscurece un trozo de cielo con su aleteo distinguido y elegante, que nubla como reflejos en sombra el vuelo de su aire refinado. Corriendo va el viento por la playa solitaria sobre las arenas y los riscos escarpados, donde la ola, en total entrega, muere suavemente en la orilla. De lejos, vienen los rayos del sol que suavizan y abrillantan el entorno por estas tierras de Asturias. Inútil correr para no llegar a ningún lado, sino para disfrutar en el carrusel de su belleza, que nos cerca y nos atrapa, que nos apresa y nos aísla. Mejor dejarse llevar y disfrutar por el momento que quedará marcado para siempre indeleble en la curiosa retina.



El mar tiene más preguntas que respuestas, el mar tiene más misterios que certezas. Por la brisa de un amanecer el Viajero camina descalzo por las suaves y tersas arenas de grava y caliza de los arenales de Llanes. El viajero

camina cercano a la orilla, mientras su espíritu se recrea con el paisaje de sueños inalcanzados de esta sorprendente zona, trayendo el perfume que viene de ultramar como esencia del placer y de la intensidad del deseo. Donde el viejo pescador, a quien le sopla un viento favorable, desempolva las redes hacia mar abierto como costumbre de cada día. Inconmensurable es la soledad del mar, y honda la mirada profunda de los riscos más apartados. Donde la ola agradecida, choca contra ellos como si fuera un cristal varado en la dura roca.



La playa de Cuevas del Mar, queda a poco recorrido de Nueva y del hotel. Se puede ir hasta andando. Cuando uno llega a ella, se sorprende por su belleza y su particular orografía. Los huecos abiertos en sus rocas, son como un capricho curioso de la erosión en sus retirados y solitarios peñascos, que evidencian la naturaleza y el origen que da el nombre a la playa. Este hermoso arenal, también es el mismo que da nombre del río que transporta y lleva las aguas por su población. Es algo maravilloso de ver, de sentir y de dejar la vista volar con la imaginación, para que vaya en volandas, que acabará dejando huellas en la memoria. De un dejarse llevar bajo el influjo de una ola que cruza y badea, ondulando en la mar con pensamientos azules y palabras de mirada y beso.

“-Esta playa de Cuevas del Mar es algo portentoso y dulce de contemplar amigo Antonio.

-Pues sí. Y además, es ideal para el buceo y todo tipo de actividades de ocio y recreo.”

El Viajero y su amigo se quedan unos instantes en silencio, sin decir nada. Son esos silencios que se agradecen. Son esos silencios que sólo se pueden hacer con la confianza que da la amistad y el de no sentirse incomodado.

“-Antonio.

-¿Dime?

-Dicen que hay tres clases de hombres, los vivos, los muertos y los que viajamos.

-¡Cuanta verdad, cuanta verdad!”

Antonio se queda pensativo, da unos pasos hacia adelante por la fina arena y se queda mirando el infinito horizonte como si pensara. Su rostro en la tarde, se le ilumina de una manera especial y su mirada se convierte en cristal, del hombre que se deja llevar confiado por las nubes al pasar. Y sintiéndose protagonista de su propia vida.

En Asturias, los cielos son policromados y de trazos multicolores como las alas de una mariposa. La Tierra es un mundo pequeño donde el mar es pretérito y futuro a la vez, La ola y la roca tienen similitudes maravillosas que las vinculan y sujetan, coordinándose en una excelente coreografía con su espuma blanca hasta que chocan entre ellas, inseparables, como la cadena que va enganchada en el ancla, o la sombra que va pegada a su silueta. La ola termina durmiendo sus últimos sueños de aquél mar de agua tan agitada de la cordillera Cantábrica. El Viajero, leyó no se sabe muy bien donde, probablemente escrito en una piedra solitaria: El muerto es el mar cuando la tierra está lejos.

El Viajero, después de caminar un trozo del camino, viniendo por la carretera que lleva a la playa de Cuevas del Mar, se sienta en una fuente que da al río. Y la paz, se hace como realidad de aquel bien que está presente. Los pájaros pasan diciendo adiós bajo una luz tranquila y soleada en Nueva de Llanes. Los pájaros saludan porque están muy contentos y felices.

El Viajero vuelve al hotel. Se da otra placentera ducha,- “ésto más que en costumbre, se está convirtiendo en inocente vicio-, se esparrama en la mecedora que hace vaivenes en el aire y se relaja profundamente. Desde la habitación Cleopatra, de noche, estirado en la cama, se pueden contar las estrellas desde el pórtico transparente de ballesta que hay en el techo de la habitación. Es algo mágico y reconfortante a la vez. Es un delirio de paz y

armonía que lleva al dulce sosiego. El Viajero, no tarda en quedarse dormido en el más confortable y placentero de los sueños. Mañana, será otro día de experiencias vividas, entre la piedra que el viento no apaga y el mar Cantábrico que suele ser fiero y bravo, pocas veces relajado, y que es espejo y reflejo de estas maravillosas tierras asturianas.

De Luanco al Faro de Peñas (Viajando por Asturias)



La luz del mar hace un recorrido desde la lejanía del horizonte hasta acercarse a la costa que asoma, al borde de los apacibles arenales, como una sedosa sábana, suave y tibia. Mientras la ola, silenciosa y discreta, va rebotando en el agua, entrando como una acuarela de trazos luminosos en el municipio asturiano de Gozón. Una representación de reflejos cromáticos dibuja desde el imaginario horizonte el pueblo costero de Luanco, que se abraza a la arena sin temor, como un jardín que no se acaba jamás, en total entrega y ofrenda al infinito mar, a lo largo y amplio del litoral asturiano y, la duda del alma se disipa al instante, sin moverse ni un segundo. Como si detenidas estuvieran las manecillas de todos los relojes que marcan las horas del sol, y también de la sombra más umbría. Luz de sí misma, el pequeño pueblo de Luanco resalta por los bordes y los cantos del espejo, donde se reflejan los pensamientos más alejados y profundamente vivos. Perfilándose como un soneto marino que rima con el instante de fantasía que dura la fuerza de la ola, cuando ésta percute en la roca más compacta y maciza, produciendo sonidos de rumores sutiles de templada naturaleza, siempre viva. Poesía y agua a la vez forman el mejor poema; su propia rapsodia, de tradición y costumbres asentadas por el paso de los tiempos. Todos los poetas del mundo podrían estar aquí: en las playas de

Luanco. Y como trovadores disfrazados de suaves caricias, la brisa marina les llevaría al éxtasis más rimador y lírico, para hacer los versos más hermosos, donde el mar baña a la cuenca Cantábrica por los cuatro costados, hasta hundirse por el horizonte más lejano y distante.

Luanco; donde cada mañana es diferente a la de cualquier otro día, donde el sol amarillenta la temprana mañana que disipa la neblina y alumbró el puerto fondeado, donde están amarrados los pesqueros de tareas de tajo del oficio de pescador y de marino. Donde los mástiles erguidos de sus embarcaciones se alzan empinados apuntando al cielo. Y, por su parte inferior -hundida en su quilla fondeada de color óxido y enmohecido por debajo del agua- les ilumina como reflejos de muchas travesías. Prueba de que es puerto de mar. La luz del día aclara como un momento que le presta todo el pequeño pueblo de Luanco, como si la luz bajara de los infinitos cielos, con la fuerza del sueño y del marinero que le protege del desvarío de las verdades profundas de cada día. ¡Cuánta mar y cuanto olor a mar!

El viajero sabe que tampoco todo en la vida es considerar que lo visto y andado va a perdurar en el tiempo. Por eso quiere contarlo en historia, en papiro de letra grande y redonda. Viviéndolo y sintiéndolo todo en primera persona. Para relatarlo bajo el cielo impermeable o por los azules mares. Porque ambulantes son las palabras. El viajero, documentado por la experiencia propia del paso vivido, del aire respirado y del camino andado, a veces se hace olvidadizo, en la ínfima memoria que roza el aire, bajo un barniz de fina ausencia quien la curiosidad no calma y lo desea poner por escrito.



El viajero camina por el pueblo de Luanco ilusionado, soñando despierto, fantaseando conscientemente. La verdad es que no se oculta. Por el recorrido

hacia el hotel se cruza con un pescador -de estos de caña- que debe venir de tirar el hilo, trincar y tirar del sedal con el cual a los peces siempre se engaña. A veces la magia de la vida consta de encuentros breves, con los cuales se recicla el alma; como desposándose de la soledad, emitiendo un impulso misterioso y desconocido que emana de lo abstracto.

“- ¡Buenos días! ¿Voy bien para el hotel de playa de Luanco?”

- ¿Va usted buscando trabajo en la pesca?

- No, señor. Yo soy escritor.

- ¡Ah! Entonces no trabaja ¿no?

- Hombre..., no sé qué decirle.

- Al fondo del camino, a la derecha, encontrará el hotel. ¡Que usted lo pase bien, “maestro!”

Es de buen agradecer que la gente diga las cosas como las siente. Soltando la sinceridad con desbordante franqueza. Pues, a las verdades cómplices, se hacen recuerdo cuando somos de naturalidad y sencillez más clara. De simpleza y sensibilidad, que a la verdad no lastima por carecer de malicia. Al puerto de Luanco también se puede entrar por el camino secreto del mar. El cielo está lleno de rayos que el sol deja caer como una suave luz; sedosa y delicada que ilumina todo el municipio en una pincelada amarillenta del lienzo más hermoso. El ruido de las olas llega a la orilla, como una suave melodía con una coreografía singular y misteriosa, como una danza trenzada por el baile más armonioso que ofrece el lustroso mar. Dejándose llevar por rumores, como un pedazo de aterciopelado manto, y por el suave color de tonalidad azul que hace prisionera el alma.



A Luanco también se puede acceder por donde rompe la carretera sobre las arenas que se acercan a la costa; presumidas y vestidas de azul, con el reflejo de la luz del sol acompañándolas y, como el tacto de un suave guante, resbalan por encima del pequeño municipio de Gozón. Su orografía dibuja una bahía que es pórtico de entrada de mar. Antesala de historias de marinos, de mallas y aparejos que resbalan por las manos curtidas del marino, de redes y utensilios usados para el oficio de la pesca. La espuma del agua -el sonido de la brava y atrevida ola- resuena por los recoletos más apartados, a lo poco que se recala en el puerto de Luanco. Desde allí los sonidos de las olas se oyen como un eco amplificado, que resuena con la fuerza del que llama a la calma más mansa y sosegada. Y, todas las ánimas suelen hacer caso. Porque las almas sanan cuando se encuentran en paz y sensatez del equilibrio, haciendo el balance más puro y de justa medida, que la bondad llena de una verdad refinada que se puede medir. El puerto de Luanco, a la vista en proporción con lo que se ve, encanta en un frenesí y delirio marino, que se alimenta del aroma de ciertos olores y fragancias -que de ultramar vienen- como si de flechas frescas saladas de perfume vinieran caídas del cielo. De sus aguas, en el espigón, se detiene la brava ola: de sus pesqueros amarrados como si estuvieran cogidos con lazos de suave encadenado y que no les acaban de apretar del todo jamás. Quizás sólo ceñidos y abrazados. Mansos y serenos, los pesqueros parece que descansan en un denso silencio; como si estuvieran durmiendo, como si sus sueños estuviesen suspendidos sobre las aguas que guarda el antiguo puerto.

De su paseo marítimo, paralelo al pueblo, se camina por él como en moqueta; suave y sutil. El paso se hace sereno al andar para liberar pensamientos o evocar aludidos recuerdos que no vayan contra la imaginación, ni tampoco contra el ensueño. Y, todo esto, en una simbiosis de combinación de magia y encantamiento hace que, todo junto, actúe sincronizado; agua, aire y tierra se moldean con una ternura lírica de aire romántico y delicado, fundiéndose todo como si fuesen apasionados besos de labios marítimos; de besos húmedos, como si el mar pudiera amar como doncella que exhalase su aroma. Y de todos los secretos que esconde en escena el paisaje, que son

muchos, Luanco ofrece lo que tiene, sin complejos ni engaños, desnudo a la mirada y a sus mudos silencios, en vez de fingir que los ignora.

Si seguimos andando por el pueblo vemos las casas adosadas, una al lado de la otra. A la vista, su paseo marítimo, sigue satisfaciendo por lo sencillo y por la belleza de la magia misteriosa que obsequian las villas marinas, a vista desde las bambalinas de la belleza que no se oculta. Las moradas y habitadas casas parecen acogedoras y de generosa hospitalidad, para el qué la intención sana y honesta de viajar lleva dentro del alma y en la trillada mochila, que cuelga al reverso de la espalda. Desde sus balcones se puede contemplar la maravilla del horizonte, cuando despierta a la mañana. El morador de la vivienda, cuando aviva el sueño, puede sentirlo en sus amplias terrazas; como un mirador de galería abierto a la mirada de sus aguas; tranquilo y apacible, del amanecer más placentero y confortable. Casi nadie sabe en qué silencio se degusta el despertar de la primera hora que asoma en la mañana en Luanco. Es ese momento de los pensamientos solitarios, de los que rebotan en el aire más sincero. Ante tal escena suspendida en la retina, uno desearía que no le despertasen del todo, para alargar el placer del momento.

Las manos, los dedos, el tacto de la piel del viajero, sienten el hormigueo de la curiosidad más adherida. Puede que sea la irrefrenable necesidad de la criatura por degustar el camino andado. La impertinente intromisión queda ausente y asoma la elocuencia del escritor ya no tan joven, pero algo poeta y trovador, que va en busca de aventuras. Del escritor de puertos y contador de historias de ideas transparentes y consumadas, que en tinta sobre el papel se le derraman. Haciendo de todo. Mil sensaciones juntas, que remachan el instante con la ilusión de la verdadera existencia de lo vivido. Y también de los elocuentes momentos que se va encontrando al paso andado, y de las gentes tratadas. El viajero, para embellecer su vida, tampoco necesita demasiado.

El viajero hace arribada en el hotel para acomodar carne y espíritu. La entrada del hotel es diáfana y da confianza por su cuidadosa decoración marina. Huele a confort y al buen hacer de la anfitriona. El vestíbulo inunda el espacio dejando sólo un rincón de umbral en sombra. La acogida es como una suave manta de la que se abriga, que es comienzo de hospedaje y albergue

para el escritor que de aventuras desea curtirse. Para el viajero el hotel es una casa que se usa para el descanso, donde buscará el silencio y el letargo voluntario y, sin ser forzado por la voluntad que significa la libertad, con una suave y esponjosa melodía posándose suave en el alma y el pensamiento; que se alimenta del aroma sutil de ciertos olores y fragancias, que suele dar el resguardo más íntimo y placentero de las tierras asturianas. El viajero se dejará llevar sin que la quietud se le vea turbada.

En la recepción, el viajero es atendido por la señora Concha; la dueña, que es mujer presumida sin llegar a lo vanidoso. La señora Concha siempre va repeinada y bien vestida -es muy coqueta-. Lleva atendiendo a la clientela, de paso y de confianza, hace ya más de treinta años. Uno tras otro. La señora Concha ha visto pasar a tantos viajeros como navíos ha visto transitar la templada mar en el horizonte. Y siempre tiene una dulce sonrisa y un gesto de cariño para sus clientes. El viajero se registra en recepción, como es costumbre en industrias taberneras, hosteleras, posaderas y fondistas.

“ - ¿Va usted a trabajar a la pesca?

- No señora, de momento no. Soy escritor.

- Pero trabaja, ¿no?

- ¡Si señora!, claro. De escritor.

- ¿Y qué escribe?

- Novelas de viajes.

- ¡Eso me interesa! ¿Hablará de mí?

- Pues claro mujer.”

El viajero sube a la habitación por los suaves y sedosos peldaños de la escalera de madera que van camino hacia los aposentos. Y, sólo entrar en la estancia de la habitación elegida, deja la mochila en el plano suelo y se descalza con alivio y vicio que da el confort, en el apalancamiento más placentero. Sintiéndose como si hubiera hallado el jardín del desahogo y la holgura del bienestar más sibarita.

El viajero se dirige al ventanal exterior que se asoma a la balconada y que da al mar a lo raso y escampado. Esa ventana con aire mágico, que tanto vio en la foto del folleto, y que le atrajo a estas tierras asturianas imantado por su belleza paisajística y panorama de escena única. El mar, todo poderoso, está al alcance de la retina desde un panorámico balcón. En un instante se pueden divisar varios mundos, desde la ventana que da al lustroso mar. Esa balconada que le contaron aquellos otros qué, antes que él, viajaron a estas tierras asturianas.



El viajero asomado, como un feliz chiquillo, nota que los ojos le brillan como soles, cómplices necesarios de cada mirada, de cada gesto que camina hacia el alma. Porque la plataforma que sujeta el balcón en el exterior, y que se proyecta desde la pared adherida, le parece como una atalaya de mirador de centinela, cuyo único cuerpo de guardia es la espera del momento más deleitoso, que le transmuta y altera la forma de ver en la lejanía, dejando perder la vista por el horizonte de Gozón, el prisma más sensible del paisaje marítimo de Luanco. Delante; el mar y al fondo; el esplendor del pesquero pueblo adosado a su litoral. Una muda elocuencia se apodera del alma del viajero. El olor de sal embriaga el aire que viene de ultramar, que es aroma, como el incienso lo es; fragante para una iglesia o templo divino. El viajero inspira a pulmón abierto. Así, a carne viva, como si tuviera una herida abierta por el viento, y se siente profundamente abrigado del placer más refinado; como hechizado y presa de encantamiento y embrujo del momento vivido. Un hermoso silencio flota en la “encantada” habitación donde, el viajero escritor, se imagina su mundo por dentro. Un mundo sin sonido, sin palabras, sólo roto con tramoyas del viento, que golpea los visillos de la persiana que cuelga balanceando desde la ventana. Sublime, se desplaza la imaginación que todo

escritor debe plasmar en la memoria y de los secretos que ésta esconde. El viajero goza del incomparable privilegio de la contemplación, del marco más adherido al testimonio de lo observado, que es asomarse al borde saliente que asoma al mar Cantábrico. Donde, con los ojos cerrados -como si soñara-, oye el sonido sigiloso y callado del silencio qué, como unas murmuraciones imaginarias de voces lejanas, transmiten la paz más envidiada. Como si fuesen reflejos sigilosos empujados por el viento. Si terminaran las voces puede que, después, sólo resultaran ecos de recogida y abstracta fantasía, y de delirio adherido a la clarividencia más locuaz y discreta.

El Cantábrico es transición entre las arenas de color ocre de sus playas y las frías aguas del litoral que baña la costa norte de la península. Olas de mar que se acercan, ajustándose a la medida de la costa, con discreción. Y qué combinan a la perfección con el paisaje que el viajero no había llegado a imaginar en sus sueños más livianos.

Alrededor de su litoral; sus playas como testimonio de su extensión, de su holgura y grandeza a lo largo de la cornisa cantábrica, con el sonido de las olas como una música que se escucha, y que no va contra la naturaleza de las cosas. Sino para confirmar la naturalidad y trazada representación del pueblo de Luanco, de sus costumbres y usanzas diarias. De un pequeño municipio, protegido desde la amplia terraza del mirador, qué, en lo alto, domina bajo el poder de la fantasía más presumida. Y qué, hasta las sirenas lloraban, porque no podían caminar en la arena para compartir las orillas descalzas con su erotismo desgastado. Pues las sirenas, ya se sabe, que son criaturas fabulosas y mujeres híbridas de torso femenino para arriba.

El viajero -que está bastante cansado- se echa, a peso caído, en el confortable catre de la habitación -casi se tira- panza arriba, que es el atajo más breve al delicioso sueño. Esto es; hundido el cuerpo en el colchón y mirando al cóncavo techo. Hay pocos placeres en la vida más hedonistas y viciosos que echarse en catre ajeno sin que nadie ni nada te moleste. Es como una liberación trazada ambiguamente, evasiva y sibilina y del gozo de dejarse vivir. De un descanso regenerador y reparador, para luego afilarse de nuevo al cometido de contar historias vividas, que emanan libertad y licencia de una

pluma con alma independiente y libre. Porque, si un escritor va cansado, no escribe con claridad y luego sólo salen tonterías y necedades que no interesan a nadie.

Al fondo de la habitación el rumor sonoro del mar vuelve a brindar y deleitar al oído una paz difícil de hallar. Es un sonido que rebota por todos los rincones de la estancia, y que se oye como si fuese cosa de magia y encantamiento; del hombre huyendo de prisas e impaciencias. El viajero escribe unas palabras subrayadas en su libreta de espiral, en un momento de entrega y fantasía total.

“Si el sonido del mar pudiera al oído contármelo a solas, en Luanco, comenzaría de nuevo mi vida sin mirar jamás atrás.”

La tarde se va entrando en Luanco, al avance de las manecillas del reloj que van al encuentro de las horas más cercanas de la noche, prólogo, de que desea llevarse el futuro tiempo; como la música que se va. Mientras, el viento sigue acariciando los cristales del balcón de la habitación con suavidad y parsimonia, como para demostrar que todo suena a viento y que todo parece una conversación seductora y cautivadora con el murmurador aire. El viajero se pone a escribir haciendo nido de las experiencias del día, que no han sido pocas. Y, como el alquimista que con sus esencias y elementos mezcla y agita para conseguir sus reactivos impuros, el escritor compone la miscelánea de su lenguaje híbrido y mestizo con sus palabras desordenadas. Herméticas y arcanas a la vez. Para acabar plasmadas en cartilla de papel de pliego, que dará vida a esta historia que se cuenta.

De la mente imaginaria sale el verbo indiscreto pero esmerado, como en una fontana majestuosa de inspiración peculiar, brotando todo ello de no se sabe muy bien de dónde. Las palabras, que a veces se atascan en la memoria, se ordenan con voluntad del higiénico y limpio juicio, y se vuelven como astillas clavadas en la mente, escondiéndose sin mala intención, en el árbol de nuestro recoleto entendimiento. Pero si uno insiste... ¡fluyen, fluyen!

En Luanco un sorbo de tarde de primavera se deja caer en el pueblo, donde todo lleva a un momento introspectivo, un momento de recogimiento y vivencia reposada. La tarde, a veces, es como guardiana de los misterios más imperturbables y perezosos. El viajero sigue anotando sus pensamientos en

papel de barba; que es papiro muy fino y liviano, donde la tinta reposa con ternura contando momentos de lo vivido. El viajero está un poco cansado, el entendimiento como anestesiado y con las pupilas dilatadas, pero con el gozo más estremecido de plasmar en letra lo que por dentro siente. Y tranquilo porque nadie le empuja y nada le retiene. Mientras, la luz tenue de la lámpara del techo cae a plomo sobre sus hombros. Cuando uno está relajado puede entrar en un mundo de claridades e inspiraciones inimaginables, que puede hasta hacer quebrar los anchos anhelos y suspiros más esperados. Desnuda va la imaginación para forjar de palabras doradas el instante, para decir esas cosas que se sienten sólo en el más grande de los silencios. Igual de una voz ya usada, igual de un reloj con vago aire soñador, que ya no marca las horas porque su arrogancia de detener el tiempo es su sembrar semillas del olvido. Y así pueden nacer buenas historias. Porque todo se ve más translúcido cuando en el cristal donde descansa el silencio se asoma a balcones imaginarios, donde el tiempo se detiene.



Como pedacitos de estrellas en el firmamento, la tarde sigue avanzando en Luanco. La visión no queda sólo en el relieve del paisaje más diáfano. Y de sus aguas, de su bravo oleaje, se puede dar el mar por aludido. En Luanco el azul color del agua de mar camina descalzo, acompañando a él silbador viento; como si fuera llamado por todos los corazones desde la ventana que asoma y brota hacia afuera de la fachada del hotel, como una candela que vigila de las veladas más íntimas. Y para decir esas cosas que se sienten sólo a solas, y a oscuras. Aunque, de espaldas a la luz, ningún hombre puede ver su camino; de la misma manera que el molino no puede rotar si de viento está falto y necesitado. Son esos momentos imperturbables, para decir esas cosas que

solo se sienten por dentro. Y, para saber que no es extraño ni cosa mala de la mente, la bendita locura de la soledad más apartada.

Bajo un cielo de tarde encantador, el viajero sale del hotel a pasear. A estirar las piernas y a deleitarse con productos de la tierra: algún trozo de embutido, otro de cacho de chorizo a la sidra, o la siempre popular y representativa fabada. Todo esto, acompañado de buenos vinos vestidos con los suaves olores marítimos, que también suelen alimentar el alma de la curiosidad más acometida. Digo esto, por tanta razón, como viajero de entendimiento.

Desde las escaleras de cemento que se adhieren al paseo marítimo, paralelo al litoral, se contempla la escena más bella a golpe de la mirada. Agua y aire a la vez; proporcionan un maravilloso mudo silencio que sólo la gaviota se atreve a acompañar con su canto a ras de mar.



El viajero entra en la Posada del Mar, en la calle de la Riba número quince, para satisfacer su necesidad de sequedad del gástrico y curiosidad del estómago, que a estas horas ya ronronea. La Posada del Mar es un mesón restaurante. Eso es lo que pone en un letrero de pizarra en el exterior, rotulado con letras blancas en fondo azul oscuro. El rótulo no es luminoso porque igual no le hace falta y tiene bastante con la lumbre natural. Otro cartel más pequeño nos indica: comidas en el primer piso, donde también hay una pequeña terraza exterior que da a la calle, con unas mesas y sillas de madera, y unas sombrillas en posición estoica que las acompañan. La baranda es de esas antiguas, hecha a escuadra y cartabón, y también es de madera. El viajero se acomoda en la mesa del rincón de la terraza para soltar el lastre del tiempo y engañar un poco el estómago con una confianza absoluta.

“- ¿Qué será, jefe?

- Un vino y unas tapas, por favor. Oiga, ¿voy bien para el Faro de Peñas?

- ¿Va usted a la minería, por un casual?

- No señor.

- ¿Usted de qué trabaja?

- De escritor.

- ¿Y eso da dinero?

- Hombre...”

El viajero sale de la posada bien embutido por unos chorizos curados y muy aromáticos, acompañados a la par de un buen vino de crianza, que siempre da vida espirituosa y alimenta el alma. Saliendo de la taberna, el paso alegre le transporta a un lugar donde el mar siempre resplandece, como gracia a qué atenerse. En el paseo marítimo de Luanco el mar es de un color azul intenso; como el zafiro pulido y recortado. Entrando en la Asturias más septentrional y norteña se puede mirar con el alma, que es esencia y propiedad para la contemplación más sana que casi nunca engaña.

A lo lejos, a vista de la distancia, el pueblo se asienta instalado en la maravillosa ensenada del entrante fondeadero, que encala el puerto y que propicia el espectáculo asombroso de un paisaje de esos que ven partir los recuerdos y las formas increíbles de nuestros deseos. Cae el sol, como cuando atardece; con elegancia, sin prisas, tan propio y tan natural. Contemplando la escena más bella, el viajero sabe el valor que tiene la fuerza y la sabiduría de la arena. Y de las olas atrevidas que se acercan sin sonrojo ni rubor a la costa Asturiana. Heredera de la Puebla de Gozón, allá por el lejano y distante siglo XIII. Los asturianos valoran muchas otras facetas en las gentes. Eso se nota -y puede ser esa, la diferencia- entre la asfaltada y estresada urbe y el espeso y brillante arenal de tranquila paz sosegada, que abraza a las villas marineras. Y qué el tiempo parece que se deguste más suavemente, como reposando en el lapso transitorio del caduco curso de la vida.

El viajero no lleva gafas de intelectual, ni tampoco es erudito de nada, ni va a enseñar ni a ilustrar. El viajero sólo pretende ver con los ojos, como asomado a

un ventanal de cristales transparentes. La magia está a punto. No hay camino largo, sino paso sereno y breve que recorta la dulce distancia, como en un cuaderno de dibujo, hechos los trazos a tiza y temple de la mano imaginaria; virtuosa y comediente, donde caben todas las historias de la vida dormida. ¡Si mi vida es así, que le voy a hacer! Que si ésta es caprichosa, yo sólo soy espectador de mi destino. Mientras, las horas van pasando iluminando el alma mía. ¡Qué importa si luego me ven a solas llorar!

Al paso andado, siguiendo el camino, el viajero contempla como la cornisa Cantábrica luce esplendida; como una marquesina transparente cubierta solo por el infinito cielo, como una cúpula celeste de colores combinados en una amplia variedad de tonos, de una mezcla sustractiva, que cubre de día el paisaje más bello. El viajero disimula, como para contener las lágrimas, al ver la belleza que encierra el momento del crepúsculo, allá en lo infinito de las sensaciones, del periodo de la tarde que sabe adónde va. Donde las horas se hacen más lentas y las nieblas las pueden ocultar. El manto que cubre el celeste cielo se descubre al bajar la marea, que es momento que nunca se ve durante el día, para ver las estrellas mágicas que cubren la tupida noche cuando acaba la jornada de las largas horas pasadas. A eso, hacia donde se asienta la tarde. Esto es costumbre de cada día en Luanco.

Al fondo del camino de la Villa, que está situada abajo -según se terciá- hacia la ensenada costera. El saliente resalta entre el verde de la hierba rústica pastoril y el azul aterciopelado del lustroso mar. Mostrando luminosidad y pura viveza que se funde, en presencia de lo conocido. Que domina en una simbiosis de fusión y de entrega, que parece hechizo de amor y de pasión; que es cielo y tierra abrazados como amantes entregados. Amor de muchos amores. Y que sólo la vista recorta, por la línea que confunde, el horizonte en un espacio circular e imaginario. El siempre desconcertador horizonte, cincelado a ras de agua, grabado como el escultor talla la figura, y como si fuera un arcángel moldeado con amor infinito. ¡Cuánto mar! Y cuanta belleza a la luz que sigue, que se aleja y nos deja la umbría del sol, pudiendo eclipsar la vida por unos mágicos momentos. En Luanco florecen cada día nuevos horizontes claros y limpios, que vienen a compensar la belleza del paisaje combinado; de agua y de sal, de arena y de musgo, de aire, del curtido y

siempre viajero viento. Gozando de la vida, imaginado quimeras imposibles. ¡Bohemio hasta que me muera!

El viajero vuelve la vista atrás y sonrío. Sonrío porque va a comenzar su aventura de contar historias que le sobrevengan y le sorprendan por el Principado Asturiano. Por los polvorientos caminos divisará y relatará al paso andado de la mejor manera que pueda narrar lo que vea, con buena voluntad, buen criterio, sensatez de buena fe y pincelada juiciosa a la vez. Porque, el viajero, sólo es narrador testigo, conversador afable y juez de nada.

Asturias se presenta abierta como un abanico de oportunidades divergentes y de mágica percepción visual, suave como los senos de una sirena, que hace que los sentidos rocen la lírica de todos los colores. Como los de la paleta de acuarelas extendidas que, en la mano del hábil artista, crea sueños sutiles y delicados, que plasma en el más bello de los momentos; claros y limpios. Como el pintor de marinas, que al final no llegó a cansar su retina, con la cual colorea y da trazo al lienzo más hermoso en una bacanal de colores, pigmentos y delirios asombrosos. Un denso silencio mudo cubre el tejadillo del agrisado cielo de Gozón. Un silencio que sólo es roto por el impulso y potencia de la ola, que vuelve a chocar contra el risco más sólido y macizo arraigado. Como en un forcejeo y brega de lucha y poder entre la tierra laboriosa y entre el agua brava, que viene de dentro del mar. Para acabar sumisa en la dura roca arraigada. El viajero tiene la sana intención de andar, dejándose llevar cándidamente por veredas y caminos en los que se encuentre, y de los que buscará, -preguntando, si es necesario con fundamento-, sino los hallara por sí mismo o por el destino de la fortuna, al caminar del paso manso, en lo llano, que siempre baliza camino. El paso cuerdo, y loco a la vez, para poder construir momentos de luz de sana inspiración, entusiasmo, musa y vena que encante al agradecido lector, que siempre busca la alquimia de la palabra, y sumergirse en mundos mágicos y asombrosos, para después dejarse llevar como si hubiera estado allí. La emoción del primer paso es algo que se cimenta con las suelas del zapato, en la ensenada más tímida y apartada.



En Luanco sus afables gentes; que aman y que sueñan, que trabajan y descansan, que gozan y que sufren, pero prevaleciendo la bondad como conjunto de emociones y sentimientos prendidos. De buenas intenciones y voluntad de echarle sencillez a la vida. La mirada más tierna del ser humano, y la dulzura del encuentro más casual e inesperado brotarán; de la aventura y andanza, implicada y comprometida, esencia del valor impaciente del factor humano qué, al final, puede que no llegue nadie con tanta facilidad como a veces pensamos. Devenir la naturalidad de las costumbres y de los pescadores de agua en el corazón, de los de tierras casi siempre labradas, de los que trabajan con confianza la tierra del cultivo en su hacienda, también. Dándole el calor necesario y el simple pasar del tiempo, para que la semilla brote sana y regenerada.

“- Aquí, trabajamos la tierra. Y también el mar.

- ¡Se nota, se nota!

- ¿Usted trabaja, joven?

- Sí, de escritor.

- ¿Y eso es un trabajo? ¡Caray! Qué bien vive usted.”

Escribir es una ardua tarea y lleva su tiempo. Pero, el anhelo y el deseo del viajero, harán fácil tal empresa y cometido. ¡En un mes pueden pasar tantas cosas! En un mes la gaviota sobrevuela mil veces las aguas enredadas y rebeldes, que de ultramar vienen agitadas y excitadas. En un mes la ola choca

contra la roca, tantas veces que la perfila como si fuera hecho con un cincel, tomándose su tiempo, sin excesivas prisas. Indiferente, pero con identidad propia, poniendo relieve en la talla de la roca y del torso curtido del pescador de fuertes manos, que el aparejo utiliza como engaño y señuelo. Habilidad que es frecuente entre quehaceres marinos. La ola se recoge casi al instante; suave como una balada o como el verso místico que se alimenta de sí mismo y, qué para los navegantes y marinos las olas más insoportables tan pronto aparecen como desaparecen antes de ser heridos por el viento.

Luanco, la villa más septentrional de la costa asturiana, se asienta sobre una pequeña ensenada, a orillas del Cantábrico. De ahí su ancestral e íntima relación con el mar y las actividades que éste propicia. Heredera de la Puebla de Gozón, cuya fundación tuvo lugar en la segunda mitad del s. XIII, su nacimiento está ligado a la captura de ballenas, que fue su principal ocupación entre los siglos XIV y XVII.

La villa, de variopinta morfología arquitectónica y cromatismo singularizado (particular querencia por el color blanco en el revoco), cuenta con un centro urbano que fue declarado Conjunto Histórico el 30 de mayo de 1991. Destacan: la calle de la Riba, con sus pintorescas casas de los siglos XVIII y XIX; el pequeño puerto, situado en la parte más protegida de la bahía; la iglesia parroquial de Santa María, obra barroca levantada entre 1728 y 1735 y declarada Monumento en 1992; la torre del Reloj, construida a comienzos del siglo XVIII; la casa-palacio de los Menéndez de la Pola, erigida en los siglos XVII y XVIII y declarada Monumento en 1991; la modernista casa Mori (1902), la playa de Luanco y la playa de La Ribera, en la que antiguamente se procedía al despiece de las ballenas.



A veces la verdad está en los ojos del que mira, y contempla con pasión de profundizar y mamar la historia y memoria de aventuras vividas. Para luego narrar con conocimiento y semblanza la verdad. Y también el relato más fiel. Escuchando a las gentes, que suelen ser las que saben, acariciándolo todo al momento atendido, tirando del hilo del pasado pero con cumplido consentimiento del simple pasar del tiempo. El poder de la sencillez no tiene ni la mitad de la fuerza que posee el sonido metálico del siempre ansiado y presuntuoso dinero. Qué, no es más, a menudo, que herramienta dudosa para comprar fraudulentas emociones. Esto, muchos sabios lo aconsejan aplicar.

Don Manuel, que es un viejo pescador retirado, le cuenta al viajero.

“-Pues por aquí mismo, lo que hoy es la playa de La Ribera, donde ahora pisamos, se descuartizaban a las ballenas.

- ¿En la misma playa?

- Sí, sí, Aquí mismo. Y cada uno de los marineros portaba un cuchillo de “manga de palo”, con el que cortaba la parte que le tocaba.

- Así, ¿sin más?

- ¿Cómo qué sin más? Aquí había mucho tajo. Y la parte del vientre iba a parar siempre a la Cofradía de Nuestra Señora del Mar.

- Debía de ser algo espectacular.

- Lo era, lo era. Don Manuel cuenta las cosas con pasión y entusiasmo. El viajero escucha atento como un escolar. Don Manuel si no hubiera sido pescador, hubiera sido un buen contador de historias o poeta de la mar. Esto de las profesiones artísticas a cada uno le va como le va, y le toca cuando le toca.

- ¿Oiga don Manuel? Pero esto, ahora, ya no se hace. ¿Verdad?

- ¿Por qué me pregunta lo que ya sabe, joven escribiente?”

Don Manuel mira al mar y sonríe con picardía, mientras sigue contando relatos maravillosos.

Para poder escuchar mejor, el viajero está en silencio divino. Y sabe que una sonrisa recibida es como una caricia que traspasa la retina, y llega a una matriz común, de sintonías y armonías, que suelen servir para compenetrar empatías y entendimientos que del alma salen.

El suave, sereno y acompasado sonido del viento de Luanco es como un aire refinado y pulido, que va a parar, en remolino y tolvana, de este gran momento que es la mística introspectiva. Y qué, el viajero, apunta en su cuaderno de espiral, a rayas, que siempre lleva encima. La palabra plasmada es el ingrediente más importante del narrador prosista. Es su pluma; la que ha de dar vida con la tinta que traza en el virgen papel, para que fluyan las emociones sin calumniar la honesta verdad. Para dejar huellas permeables que hagan el relato para siempre, que no se borre ni se disipe en el vano recuerdo, perdiéndose a lo que se dice en el olvido. Su fuerte arraigo a escribir y contar las cosas, al viajero, le atrapa como un abismo sin fondo, difícil de prescindir. Escribir es una manera de entender la vida. Y la duda suele ser la razón de cada escritor que se mide el camino con cautela, responsabilizándose de cada palabra que rubrica en el papel donde lo escribe.

Sigue soplando el aire que viene de mar adentro, y que acaricia aterciopelando la costa asturiana; como lo haría la suave mano de una ninfa al acariciarse los cabellos. A lo lejos se ven unas nubes que amenazan agua caída de los cielos, y vientos como furiosos y excitados. Al llover, una cortesía ceremonial se apodera de todo el paisaje: antes suave, sereno y acompasado. El viajero no se queja, pues sabe que el viento siempre es buen compañero de viaje. El viajero se va a dormir esperando con anhelo el nuevo día.

Camino Luanco hacia el viejo faro



Amaneciendo sobre la repisa del innato y singular municipio. Al viajero un rayo de luz en la cara le rebota, en el entorno marino, que encanta en lo abrupto y escarpado del municipio de Gozón. El viajero despierta de su letargo y lo ve todo divinamente claro. El puerto, situado al poniente, -en donde el sol se sumerge en el mar cada final del día- crea paisajes que sólo serán, casi verdaderos, en los sueños más consumados y perennes. Como los rizos verdes del mar, que casi se pueden tocar con una cierta libertad y voluntad del alma. Inútil resistirse al paso del hilo de la vida, que va tejiendo el riesgo de los tiempos futuros. Y qué, jamás, dan la espalda al concurrente presente. Los campos del saber del alma se pueden medir por el amor de un aleteo de frescura de la mar que nos baña las costas cada día.

Saliendo por la parte alta de Luanco, a renglón seguido, el viajero marcha pisando por la carretera, desde el Barrio de Salamanca, dejando a la derecha el cementerio -que es tierra de descanso eterno para las almas que llegan a ser esencia-. Donde Dios, se conoce, que las protegerá para siempre de todo mal.

El viajero, bien calzado con botas de suela antideslizante, arropado por un jersey de rallas y una pequeña mochila a la espalda, parece de estos que vagan por los caminos buscando el riesgo de los tiempos. Se llega al final de la carretera y, luego, se gira a la derecha y ya se ve el comienzo de la senda, donde comienza el momento que se le presta a la vista que todo es bien y deseo. Árboles llenos de hojas de color del zafiro suenan a viento provocativo y curtidor. Los arbustos se asemejan a viejas molduras y parecen adornos de resalto, que disfrutan con el gusto del tacto de un aire que el viento les roza. Un viento que se resbala, desnudo, entre manojos de ristras vestidas de sombra en sus ramas misteriosas.

Todos los pueblos tienen su encanto. Todos los lugares tienen su magia y sus sabores de mermelada. Tolo es cuestión de pasar por ahí; por casualidad, o no. De saber escuchar atentamente el roce del silencio, siempre callado, siempre mudo. De ver con la mirada clara y, de saber oler las fragancias que embriagan; como esencias labradas en un puñado de tierra que el tiempo guarda.

El descenso comienza hasta Moniello, y sigue por una senda asfaltada toda ella. Las casas aparecen a izquierda y derecha -girando la cabeza, con gracia, se pueden ver todas a la vez-. Seguimos, y nos adentramos pasando por la frondosidad del bosque que guarda el tiempo. Al salir de la espesura de las arboledas, se nos aparece la playa de Moniello, con su costa de bello encanto y su brisa marina rebotando en el cielo, que hace sentir la mañana fresca con todo el recodo remanso del sol, en el instante que dura en alumbrar el amanecer, haciendo magia con su curvatura de luz en el momento más profundamente vivo, matando su sombra para dar paso a la sonrisa de la fresca mañana.



Una pista pintada de color rojo sigue señalando el camino hasta el Faro. A la izquierda de la carretera nos indica que vamos bien. Antes de llegar a un puente seguimos la indicación de Bañugues -Cabo Peñas-, en un rótulo de fondo de color blanco, que anima hasta la sombra más perezosa a seguir concibiendo camino, y haciendo gestos para alcanzar su cuerpo opaco. Indicando que vamos bien y encaminados hacia el escenario, ciega el alma de ansia por llegar al destino. Por aquí pasa un río, rozando con sus aguas la corteza de los árboles. Parece algo mágico. Y qué, el final del río, acaba como todos; alcanzando el lustroso mar. Se contempla la playa de Bañugues, como

cosa que maravilla la vista, con el horizonte que parece vestido de suaves trazos, representando un perfil que esboza el pequeño pueblo. En su puerto, las olas azuladas parece que caen de lo alto de los cielos. Desde sus dársenas se contemplan los mástiles más altos y bellos de los pesqueros. Estos yacen amarados y dormidos. Algunos como soñando; como si hablaran en forma de llantos, de gemidos y de expresiones muy teatrales entre ellos.

El viajero, a sus cuarenta y seis años, tiene muy claro que precisa más mimos que vicios, y continúa el camino emprendido, tranquilo y manso. Al paso, los árboles se cruzan en la ruta con elegancia y sintiendo la mañana fresca, aromatizada y buscando un rincón en el aire. El viajero se siente más lozano y flamante que nunca. Se siente de la mejor manera que puede y su espíritu está potente y cumplidor. Por la carretera que va al faro, se huele la fragancia y la dulzura del mar, que se filtra por el oído con fino susurro; como si le llamara a uno, como si le encantara, como lo hicieran las hadas caprichosas, como cosa hecha a propósito. La copa de un árbol se divisa a lo lejos. La vista se hace borrosa por los polvorientos caminos y sendas, donde no suelen haber cercos que detengan ni frenen el más desnudo de los pensamientos. Veo la flor y siento su perfume, su aroma que me embriaga y aturde por su letargo. La libertad es algo que se siente, que se palpa, que se percibe como el lejano mar de los suspiros. Y, el viajero, no se siente culpable por ello. ¡Nada más lejos! Sentirse un poco hedonista tampoco es pecar de egoísta. Sino qué, por tiempo, ha de coger todos los bienes, deseos y anhelos más sedientos de esta correría de andanza por tierras asturianas.



El viajero, siguiendo por el camino seguro y trenzado por las ramas enredadas, se imagina como la hoja y la piedra se abrazan como si fueran

amantes. Ya se ve el indicador de Cabo de Peñas. El viajero se siente mucho más estimulado y atrevido. A continuación, gira por la pista asfaltada y con barandilla de madera.

La carretera GO- 1 lleva a Cabo de Peñas hasta salir al puerto pesquero de Ribera. Este municipio, aparente y de penetrante esplendor de fragancia de mirra, nos lleva donde aparece el mar, otra vez, que se nos presenta como un pedazo de delirios azulados. Es ese instante, mágico y de estado de flujo, el que le da esa manía absurda que tiene el viajero de ganas de vivir la vida.

Más adelante, otro puente, nos lleva a los fértiles prados de Bañugues. Una vaca aparece al trote por el camino del viajero. Este se asusta un poco; más por falta de costumbre que por descortesía hacia el animal. Pues no es propio que, en las grandes urbes, las vacas vayan por la calzada. Cosa qué, tampoco sería tan turbador ni trágico, sino signo de qué compartir el espacio con las bicicletas y demás utilitarios humeantes, tampoco sería manifestar locura. El estiércol orgánico de vacas lecheras ecológicas, es el mejor fertilizante.

A su paso, el almacén de grano se nos aparece de frente. Es una gran estancia, donde se encuentra una mezcla de artesanía y arquitectura campestre y de labriego, donde descansan el hórreo y la panera sin que nadie los moleste. Luego nos viene una pendiente un tanto empinada y, después de rebasarla, se sale hasta alcanzar un par de restaurantes, ideal para tomar café, agua, un refresco o lo que se le tercie al gusto del paladar. En esto no hay nada escrito, y cada cual se nutre de lo que le viene en gana.

Fundido por su utópica quimera de ver publicadas estas “aventuras” por tierras asturianas, el viajero derrama pasión y fervor con su pluma por donde va cruzando, y va recogiendo suspiros de estos que vagan por los caminos, como si fueran duendes que le cuentan cosas; con sus miedos y fantasías, con sus preguntas y sus dudas del escritor viajero, circulando por las sendas de la mente ideas maravillosas que le llevan al más dulce de los ensueños, que son como espejismos de la imaginación. Escribir es una ardua tarea y lleva su tiempo. Pero qué, al viajero, le llena por todos los poros de su piel, con la abertura suficiente que sería capaz de perderse en la bruma de los tiempos más remotos. Y sabe que el plasmar palabras es algo que le fascina y le

seduce como un éxtasis de encantamiento, porque el tiempo, no le preocupa. ¡En dos meses pueden pasar tantas cosas! En dos meses a uno le puede cambiar la vida y todo.

Saliendo por la carretera, los caseríos aparecen como nobles casas y con la omnipotencia de un castillo, y algunos chalets también se asoman tímidamente. Luego, otra señalización pasando delante de una Casa de Aldea, y otro restaurante. Más adelante nos encontramos una casa con su típico lavadero, todavía en uso, que es rutina de costumbres.

Entre casas y praderías se alcanza el monte que conduce al último tramo antes de llegar al faro que comunica Bañugues con Veridio.

Más grava y más arena. Por el camino pasamos por varios montes de eucaliptos, pinos, algún castaño y matorrales enrevesados. Casa Pararo se deja a la izquierda, -no a la derecha, conviene insistir-. Por la AS-328 en el próximo cruce nos conduce a la desembocadura de Cabo de Peñas. ¡Ahora sí!

Una baliza de madera que indica PR AS – 257, nos ayuda a guiarnos mejor. El viajero prolonga el camino con destreza y desenvoltura, y de su cuerpo parte el alma quebrada y el espíritu inquieto. A veces el asfalto aparece en el camino como un espejo mágico, que refleja la luz como el diamante en bruto lo haría, cuando los rayos del sol chocan con vehemencia y apasionamiento contra el suelo, y rebota en ellas tan grande belleza. El denso silencio sólo se produce cuando un vago aire soñador exhala su aroma durante más tiempo para alargar el momento. Cuando las prisas están ausentes, la libertad es algo que se siente más cerca; como si rozara la vaga idea de vivir la vida a su manera. Es algo que deja partir un gesto de felicidad muy visible, muy claro y palpable en el rostro. El viento sopla de cara y, furioso como queriendo penetrar en la piel, para implicarse y mezclarse, por una irrefrenable necesidad de felicidad que tampoco está muy lejos de ser alcanzada.

Entrando por la N-II nos encontramos preciosas vistas de Verdicio, con su iglesia y su solvente playa de arena al fondo.

La capilla de O nos la encontramos lista para rezar en el centro del pueblo de Ferrero. ¡Ya llegamos! La óptica del Faro se ve de fondo, hermosísimo e

iluminado, donde hay un mirador atalayado que es el penúltimo tramo, de su espigón protector, abruptos y espectaculares. Adentro casi una milla, pero tampoco importa. El Cabo de Peñas muestra un interés paisajístico y ambiental único, donde el faro propina destellos blancos cada quince segundos, de una luz que va caminando hacia el mar como el sonámbulo pensamiento. ¡Ya estamos en el Faro de Peñas!

Supe que no estaba Dios esperándome en aquél faro



Prolongar el camino es virtud y fuerza que da energía de la libertad emancipada, de sentirse desvinculado y liberado. La libertad del escritor es algo que se siente entre el alma y la sólida sustancia del cuerpo, entregado y ofrecido al placer del viaje. La intensidad del deseo es la verdadera sensación del peregrino, de pluma en mano y de curiosidad siempre alerta y dispuesta a contar historias. Desligado del tiempo, dueño del soberano vacío del intervalo y el momento. ¡Yo soy tiempo y quebranto del alma mía!

“Y supe que no era Dios quien me esperaba en aquel faro, sino el espejo del alma mía reflejado en el agua curtida y empujada por el viento.”

El faro de Cabo de Peñas se asoma con marca muy visible al acantilado Cantábrico por el descubierta satén de aguas saladas, en la banda más septentrional de la Asturias más apartada. Impaciente, el viajero espera, entre luces, al desvelador crepúsculo que caiga la noche. Y en la espera, se oye el compacto sonido del golpe de percusión que suena cuando la ola choca contra los afilados riscos, que son bañados por la mar agitada. El mar Cantábrico viene de cara, arrogante y presumido. Asturias es avistada a lo lejos por sirenas que encantan con sus cantos líricos y armoniosos. Ninfas de bellos

senos, con miradas de infinitas delicias y gozo del agrado e intensidad del deseo, mostrando su sonrisa embrujada como ondinas presumidas. En la que su misterio es qué son peces de la mitad para abajo. Los navíos y embarcaciones que se deslizan por la testigua y muda agua; pesqueros los unos, mercantes los otros, algunos de paso también, solo de paso, para no detenerse y seguir su curso para transportarles al lugar que su rumbo les marca.

Desde tierra firme, el viajero mira al horizonte rubricando con la mirada, para pensar sin darse prisa, buscando el momento y las respuestas de la maravilla que le entra por la retina desde el viejo faro. La ola brava sigue golpeando a las rocas, con la sólida fuerza del oleaje de rizaduras arrogantes y decididas. Mientras, el resto, bailan desacompañadas en una coreografía casi perfecta, constante e inmutable; como una fricción que renace en cada nueva onda de fuerza generadora que rebota en la agitada agua. El faro de Cabo de Peñas es ayuda del navegante que es viajero de la mar. Y es, también, asterisco de referencia, señal y testimonio de los pescadores para un seguro arribo a puerto. De poniente, sopla el viento que silba descarado y sin más disimulo que su cometido, que es mover el aire como los cabellos de una doncella; dulce, desenredado y liberado. Para acabar siendo guía de los destinos y direcciones que disipan el rumbo vagabundo de la distancia.

Ensenadas y caletas entrantes, marcan el camino de difícil acceso desde el viejo faro a tierra, camino de arena y musgo. Misión de vigilar tienen todos los faros. El cielo por la noche está lleno de estrellas, y el ruido de las olas llega como una suave melodía. El mar es muy sabio y no hay que ignorarlo. Cuando el viajero se asoma al acantilado, ve y siente como la ola muere en la orilla vestida de musgo. El mar es muy rico en mitos y leyendas. Muchos mascarones de proa han visto pasar estas costas, trazadas para la vendimia de recoger al marino y compartir las orillas. Las olas, que vienen de un mar cerrado, son capaces de hundir un navío, pero también de guiarlo hacia tierras lejanas. Los riscos, testigos mudos de tanta verdad, atrapan a los barcos que navegan por sus proximidades. Pero el viajero quiere vivir el tiempo presente, que dicen que es el momento que más densamente vivimos.

Una necesidad de liberación llama a el viajero, infinitos sonetos rebotan en las esquinas del cielo de un sentirse acariciado, de un percibirse vivo por el momento más deleitoso. Ese, al que la marca del agua nunca alcanza, saboreándolo todo como un néctar de aromas distintos. Cada mañana, el Cantábrico es diferente a la de cualquier otro día. La quietud se ve sólo turbada por unas gaviotas que cantan alegremente, y que van camino hacia el faro por el justo cielo, para luego perderse en el espacio infinito. Pues repito, que no todo en la vida es considerar que lo logrado va a perdurar en el tiempo. El viajero no es juez de nada, sólo es narrador testigo y no tiene ningún derecho a intervenir, ni tampoco a entrometerse en ninguna situación en la que se le encuentre. Pues, lo mejor, suele ocurrir en los momentos breves, en los instantes efímeros y pasajeros. Lo cotidiano no es nada especial, ni tampoco peculiar que sea virtud de la fascinación. Los pilares de la sabiduría puede que no se asienten siempre en el sentido común. El viajero no se arrepiente ni por un momento de su osadía de parar el tiempo, de dejar atrás una vida cotidiana y de habituales rituales sociales que no acaban de estar claros. No hay que dejar pasar la oportunidad de la aventura, para sentirse sorprendido y fascinado por la maravilla tricolor que ofrece el paisaje de las tierras asturianas; el azul del cielo, el verde del mar y el ocre de la tierra, sintiendo el placer y la sorpresa vividos por el camino. El lastre del tiempo es la sala de los sueños. Cierro los ojos en la punta más septentrional del lustroso Faro de Peñas, que mira al mar como un cristal, y me dejo llevar por la vida de; el viajero, que sí estuvo allí. Hoy, cuando el sol se ponga, sabré que son las siete.

El farero ciego



Silbaba el viento susurrante del naciente Levante bajo la cómplice mirada de la noche. Envuelta la oscuridad con el tacto que resbalaba como temblando, con el requiebro de cortejo e inocencia que suele engañar a los marinos. De fuerza deshojada, la mar, con sus lágrimas saladas, choca contra los riscos afilados. Empezaba mi jornada de trabajo como es costumbre de cada día. Soy Farero, y más de treinta años llevo en este oficio y profesión. Soy ciego.

El viejo faro, está envuelto por la noche como un manto de oscuro musgo, acuña anunciando con sus destellos la poliedra luz que el ojo del marino ve desde la lejanía más apartada. Yo, que no veo la luz natural por ser invidente, puedo ver la del alma desamparada en la distancia más austral y lejana. Mis instrumentos, en braille, mi mano recorren con tersura y suavidad como el que acaricia las teclas de un instrumento. Y mi pequeña computadora, que como un lazarillo me guía en mi cometido y me acompaña de ayudante. Y todo esto, no me impide que cada noche el viejo faro quede “ciego” a la vista del navegante. Pues, como el desnudo cuerpo de la ninfa encantadora, vienen hasta mí navíos y buques. A veces desorientados, a veces sólo de paso.

La luz del faro sólo hace que repetir y repetir su destello de incandescencia. Flotante en la neblina, donde las horas van lentas en la noche cerrada. De la mar brava hago un jardín cuando les oriento más allá de sus sombras. Y el borroso camino se hace más claro y llano. Veo a lo lejos sus balizas que marcan sus mástiles erguidos, como resplandores en la lejanía, que yo diviso y palpo con el alma, no con la retina. Y veo, veo resbalando ante mí el horizonte imaginario, la profundidad del cielo, su cúpula celeste casi infinita despejando

la negra noche cerrada, o el día gris y apagado en sombra opaca. Para convertirse el faro proyector de mí atalaya en asterisco de referencia y esperanza que evite el infortunio.

Los navíos a lo lejos van sintiendo el abrazo lejano de la luz proyectada. Como en una balconada de grandes vidrieras y escaparates de agua. Yo, soy su guía, su esperanza más segura. Pues sostendré bien adherido su rumbo como si fuese un sonámbulo pensamiento. ¡Que lo tuyo es el mar marino! Y cuando su danza sea agitada y turbada, la baliza de luz de candela te guiará en la ensenada más triste y apartada. Y cuando los elementos alteren las manecillas de la naturaleza enojada, siempre allí yo estaré, sin contar el tiempo detenido. La noche para mí; cada día, desnuda y fría. El mar está allí afuera, frente a los acantilados y los peñascos más afilados. Y a la tormenta, a quién aguarda el recio espigón mientras la ola rebota en la roca hecha pedazos. Y esta se perfila mirando al mar descarada y perfilada como si fuera hecha con cincel de artesano.

Por eso, se oye en las tabernas del viejo puerto una historia de estas de marinos. Donde se comenta entre los navegantes, desde puente de mando a laboriosas cubiertas, una mística historia de un náufrago errante que un día estuvo perdido.

“Supe que no estaba Dios esperándome en aquél faro. Sino aquél, que dicen las sirenas que es ciego. Yo no me lo creo, pero fue él, quien nos guiaba aquella noche sosteniendo la luz que iluminaba el camino de un arribo a puerto seguro.”

Una luz como una voz en el mar veo. Y sin ser hijo de la pena, siempre hay una sonrisa que respira a mi lado, como la esperanza, que jamás se ausenta perdida. La luz del infinito alcanza al navío más lejano en mares escondidos, y divisa la costa segura, para que te lleven, marino, más allá de los sueños cuando la tormenta se desfigura en tempestad. Y ésta, que no tiene dulzura ni paciencia decide presentarse por sorpresa y sin aviso. Pasarán los días, pasarán las horas, pasarán los cielos, pasarán las almas. Y yo, seguiré siendo el farero, el reflector de esperanzas y confianza segura. Cuando llueva sobre el agua, déjame hacer mi oficio con la ilusión del verso místico que se alimenta de

sí mismo. Porque marino, estoy con los que te buscan cuando todo son ensoñaciones desesperadas en tu confusa y azorada mente. Y recuerda, que de sueño la noche carece. Pues el durmiente viento acude y acaricia la esperanza donde guarda la esencia de amparo y de vida, agarrándose a las raíces más duras. Y, aunque morir quisieras cerca del mar, hoy no es el momento ni tampoco el instante. ¡Eso no lo sabe nadie! Ángel marinero, ¡dime que he de ver el mar otro día!

A lo lejos, el busto de una mujer, que no son, sino encantos y fantasías de tu mente. “Que tú, marino, sólo ves en tu esperanza más confiada. Tan ciego es el camino cuando la luz del sol anula la de la luna, que puedas encontrar en la oscuridad la sirena que te guíe con sus cantos hasta fondeadero seguro de litoral cercano.”

Será por eso, que se oye en las tabernas del viejo puerto una historia de estas de marinos, donde en el mirador de la torreta, allá donde están los riscos más altos y apartados, habita un farero ciego que nadie ha visto.

Sergio Farras, el viajero.

Ciudad de Vigo «El viajero que sí estuvo allí» Cap. (I)

Vigo, ciudad vital y popular de talle marinero



Prólogo de el viajero

Bajo el sol glorioso del amanecer más deleitoso, lucen con debida prudencia las luces y las sombras transparentes y sinuosas de la ciudad de Vigo, para unirse en armonía al piadoso océano Atlántico, que como una esencia de aromas combinados y mágicos, baña las tierras gallegas por su parte más occidental. Tendiéndole la mano al viajero, abriendo sus sueños, frente a frente cielo y tierra. La desnuda arena de sus playas hace calado en lo infinito de las sensaciones, donde las horas son más lentas cuando se pasea por sus orillas al caer el manto del crepúsculo que comienza a marcar la noche.

En su costa, al alba por el temprano día, el viento acaricia el litoral como un precioso aroma de sinuoso vino, o como la gracia de un perfume que va empolvando la mañana. Vigo es tierra de contrastes, tierra de paisajes diáfanos y biselados por el sol qué, como un metal, se funde entre riberas y acantilados. Mientras, el océano acaricia por la principal senda y ramal de su inmensidad, haciéndose respetar por su magnitud y grandeza. Vigo conduce al viajero por sus barrios marineros como un lazarillo que le va indicando el camino, dejándose llevar en confianza, siendo entrada de la Galicia de colores

cromáticos y de verdes prados. Verdes como la hierba de color esmeralda y jugoso, que se muestra siempre permeable, y de las lluvias intermitentes que mojan las luces y los corazones qué, el viajero agradecido, siempre alcanza a sentir. Mientras, entre meigas y sirenas se oye como resuenan en sus almas la belleza que envuelven los sentidos de una ciudad abierta, acogedora y noble.

Vigo es tierra de gentes sencillas y laboriosas, ciudad industrial y marinera hecha con la fuerza de sus trabajadores; de un lugar, de un momento, que fue levantada por la sencillez de sus callosas manos y curtidos cuerpos, que viven de su puerto que gesticula con la ribera entre diversos muelles; de Oeste a Este, de Beiramar y de O Berbés, protegidos por sus espigones, qué como un brazo firme no deja pasar a la furiosa ola, deteniéndola con la fuerza de la pasiva roca que siempre está ahí, protegiendo como una madre cariñosa que parió su ciudad desde los tiempos más antiguos.

Vigo, gentes que aman a la mar y la trabajan obrándola como el que tiene fe ciega de sus recursos más naturales. Mientras, la nécora de color pardo y de ojos rojizos, rebordea por los recoletos de la roca nocturna paseándose por sus fondos someros.



En su puerto, sus barcos pesqueros de altura y bajura se alzan presumidos como castillos en el agua, orgullosos de su talla y de sus mástiles erguidos como torsos de madera desnudos, donde sus marinos, bragados en los mil quehaceres del navegante inquieto, enseñan sus curtidas pieles morenas al roto calor del fuego, que arde en la canícula y que hacen disolver la sombra de sus cuerpos que lucen sobre su yelmo. Mientras, el atunero con aires osados y atrevidos, corta con su proa el agua del fondeado muelle, y se desliza suavemente en la ensenada del puerto a su salida bajo el barniz de su casco de maderas nobles, a ras del faro avizor qué todo lo ve y que todos los

secretos dicen que sabe. El atunero, a quien la brisa de la tarde calma, se siente liberado de su amarre y ligaduras para partir cuando es la hora, rumbo al océano infinito que es su ser natural, esfumándose por el biselado horizonte, zarpando con el linaje y espíritu de muchos marinos que jamás volvieron a puerto seguro. Y que ahora, ya son hijos de la mar.

Orillamar, Las Avenidas, El Puerto de Cruceros y Comercial y la Ribera del Berbés y su gran Puerto Pesquero, son símbolos omnipotentes de la fachada marítima de la ciudad, que han visto pasar los tiempos sin perder la esencia del momento. Donde allí, había fábricas de sardinas, en salazón y conserva; pequeños astilleros; talleres de tonelería artesanos hechos a mano con el sudor de las frentes obreras. Vigo de su industria conservera ha hecho historia y tradición, como en la Metalúrgica y la litografía esculpida sobre la fría hojalata, un bienpreciado y conjugado con la forja y la estructura artesanal, de su comercio que forma parte de su urbanismo; Conservas Alonso, Alfageme, Curbera, Valcarcel, Cerqueira, Albo, etc, o la fábrica de cervezas A Barxa, son sólo ejemplos pioneros y de impulso de su vida industrial que tanto ha templado el espíritu marino y comercial que se plasma en la viva memoria del recuerdo más cercano.

Hoy, el Vigo del siglo XXI, empuja hacia el turismo de calidad y de confianza, sin olvidar sus verdaderos y sinceros orígenes. De aquellos arrieros que provenían del interior de las aldeas para echar mano a las pesquerías, y del pulpo viscoso y peleón que siempre se resiste a ser trincado. De las especies secas y saladas como la mar, y de su actividad artesanal y comercial que son emblema de sus recursos. Ahora Vigo, es también atraque y destino de lujosos cruceros que traen gentes de otras tierras lejanas, para contemplar la belleza de una ciudad que les obsequia como una marquesina que cubre con su oferta cultural y gastronómica, bajo un amplio cielo de modernidad y tradición, haciendo la estancia inolvidable e indeleble para el viajero, de un lugar; de un momento; por el cual transita el gozo del dejarse llevar y de sentirse bien hospedado.

Presumidas se muestra también, como embriagando los deseos, el archipiélago de las Islas Cíes, que es bendición de la naturaleza desnuda. En

Galicia no encontrarás desiertos, no encontrarás áridas montañas. Pero con certeza; en Vigo, encontrarás el dilema de tu destino.

Ciudad de Vigo «El viajero que sí estuvo allí» Cap. (II)



El viajero ha hecho una noble amistad con Carlos, vigués de sesenta años, pre-jubilado y hombre comprometido con las causas sociales, que le cuenta a el Viajero unas historias con el alma abierta, de esas, que del corazón sincero salen. Carlos nació en el barrio marinero de El Berbés, esencia y médula del Vigo actual.

Carlos empezó a trabajar a los 16 años como ayudante de oficina en una empresa de reparación de electrodomésticos, al poco tiempo pasó a una oficina de seguros. Y al salir de la oficina iba a trabajar a una clínica privada, para luego hacerse cargo de su administración. Aquellos años 60 y 70 eran tiempos de sacrificio, de renuncia a muchas cosas banales para labrarse un futuro. Después, Carlos, pasó a trabajar en el departamento de contabilidad de un concesionario de coches, y estando en esa empresa, lo llamaron para trabajar en uno de los mayores astilleros de Vigo; H.J. Barreras, donde hizo promoción interna durante más 20 años, ocupando distintos puestos de su organización administrativa. Carlos, es de esos hombres hechos a sí mismos, e inevitablemente unido a la cultura del esfuerzo y al sacrificio del qué nunca le dio miedo el trabajo.

Ahora Carlos y el Viajero, están preparando un proyecto ambicioso para promocionar Vigo y las tierras gallegas. Un proyecto esbozado con ilusión y

compromiso, con avenencia y promesa de contentar al pasajero y turista que desee visitar la ciudad y sus alrededores, que con la curiosidad del visitante deseoso y entusiasmado, siempre se verá acompañado bajo el influjo de la palabra presumida y de muchos sitios a los que se le invitará visitar; para que perciba, ceñido por el momento vivido, que se plasmará y cristalizará en todos sus sentidos.



Carlos le cuenta al Viajero como creció el Vigo Industrial, que surgió del lustroso mar. Cuando en el siglo XVIII llegaron los mercaderes e industriales catalanes, que vieron con avispada y perspicaz lucidez de poner en efecto las primeras aportaciones de la técnica mediterránea de la pesca del salazón. Habiendo una gran expansión de la pesquería industrializada, en especial la sardina salada, que es símbolo que se presta al paladar culinario de estas tierras. Para luego, surgir infinidad de fábricas de conservas, configurando todo el tejido industrial para proveer a éstas, como las fábricas de enlatado y etiquetado.

Con todo este progreso y prosperidad, se hicieron necesarios e imprescindibles los barcos para la pesca, surgiendo infinidad de astilleros en la Ría, que primero construían pequeñas embarcaciones de madera, para después comenzar a construir hermosos barcos de hierro cada vez más grandes y formidables, para dar abasto en los caladeros que acarician el litoral vigués, como un mármol azul celeste que es la Ría y posteriormente surcar todos los mares del mundo.

Vigo crecía, Vigo se agrandaba prosperando como el viento viajero, y se desarrollaba como un murmullo que siseaba la grandeza que tendría que venir

para su desarrollo. Mientras, sus habitantes echaban mano y esfuerzo para ayudar y ganarse un salario.

Con el tiempo surgió la empresa “Pescanova”, donde tuvieron la gran idea y esbozo de concepción, como cosa del avispado sentido del ingenio a mediados del siglo pasado, de reconvertir sus barcos pesqueros a congeladores, siendo un gran paso y mirada hacia adelante de la industria congeladora. De una revolución y progreso que contribuyó a que hoy en día Vigo, sea uno de los puertos más importantes del mundo en descarga de pesca fresca y congelada.

Otro motor que dinamizaría la vertiente industrial de la ciudad, fue la implantación de la factoría automovilística Citroën, que comenzaron con una pequeña nave en el Puerto Comercial, para más tarde, al conseguir para Vigo la Zona Franca, la única del Noroeste de España, se trasladaría a la zona de Balaidos, donde fue creciendo hasta lo que es hoy, modelo y ejemplo a seguir de la multinacional, al estar considerada y respetada como una de las más productivas del grupo. Cuenta además con una gran industria auxiliar de componentes en cercanos parques empresariales a la Factoría. Esto contribuyó a que trabajadores de toda Galicia y sus comunidades más próximas y colindantes, se acercaran al Vigo manufacturero e industrial a trabajar y a vivir, contribuyendo a un crecimiento urbanístico formidable, lo que sin duda, favoreció la especulación y el desarrollo desordenado de la ciudad.



No menos importante es el puerto de mercancías y el de cruceros de lujo. Pues Vigo, era punto cardinal de partida de los inmigrantes hacia América, donde se aprovecharon con ingenio las viejas instalaciones para hacer un puerto moderno, donde hoy, se reciben a los majestuosos trasatlánticos que vienen de todo el mundo y de tierras lejanas, siendo el mayor punto de escalas

y tránsito de toda la fachada y cornisa atlántica de la península. En definitiva, se puede decir, que los tres pilares básicos de Vigo se asientan en: el Puerto Pesquero y Comercial, el sector naval, la automoción y sus empresas auxiliares.

El viajero y Carlos acuerdan, con la confianza que da la amistad, la intención de hacer un proyecto de una guía literaria por Vigo y sus alrededores, de su Ría y de sus ensenadas. Porque creen, que hay muchas cosas que contar y de hacer sentir por los excitantes sentidos, en estas mágicas, misteriosas y fascinantes tierras gallegas. Y con la experiencia acumulada de Carlos y la voluntariosa pluma del Viajero, ambos están dispuestos a esbozar con la ilusión y el anhelo cómplice del dejarse llevar por la palabra, para que acabe llamando la atención del futuro visitante que desee saborear, como un néctar que hechiza, a estas tierras de Rías varadas.

El viajero que sí estuvo allí, de Vigo a Nigrán. Cap. II (Parte 1ª)

Parte Primera



El viajero sale al paso andado y convencido de la ciudad de Vigo dejando atrás miles de sensaciones y amigos recién hechos, hechos con la modestia y el cariño que anula las vanidades. El viajero se sigue alejando cada vez más, pero sabiendo que ha de volver por varias razones y también por otras convicciones.

El viajero se dirige al paso tranquilo y sosegado al municipio de Nigrán, a tan sólo 10 kilómetros de la ciudad olivica, y que dicen que es abrazado por pulidas playas por el sol de la mañana y de bellos crepúsculos marinos en sus atardeceres. Y del breviario de su gastronomía; siempre amparada de gustosos y succulentos platos típicos de la zona, para poder contentar al paladar que anda siempre curioso y afanoso del que simplemente busca la premura del buen yantar.



Por el camino andado, el Viajero se va fijando en el bello paisaje que bordea el litoral atlántico, mostrándose como una cornisa que se enseña con remates de marcadas brisas templadas y húmedas. Por el horizonte, un rayo de sol se filtra por una nube, atravesándola como una flecha que la traspasa mientras las gotas de lluvia caen mansamente esperando impacientes llegar al suelo. Mientras, el agua azul del océano se prende en los ojos y traspasa la mirada.

El municipio de Nigrán es como la vidriera marina que acapara los encantos. Es de esos pueblos que atrapa por el donaire propio que transpira de sus bienes y costumbres de brillos costeros. Nigrán se mira casi de frente con las Islas Cíes en el horizonte, probablemente cómplices de sus miradas para encontrarse como el viento viajero, creando una connivencia de complicidad que parece que se hablen entre ellos y se digan prosas de esas que encantan. El océano de agua dulce y de bordeo agradecido, es testigo de incertidumbres y sedosas olas que mil historias cuentan, que acarician con devoción sus riberas y hermosas playas gallegas con un amor infinito. Playas, que son las de: Saiáns, Patos, Panxón y Playa América, todas ellas estampadas por el azul celeste de los cielos agradecidos, y que parece que se pudieran caminar casi sobre el agua con la mirada que alcanza a la vista del sereno viajero.

Las altas montañas protegen al municipio como un manto; del frío en invierno y del calor en verano, como buscando así el equilibrio y proporción de su clima que templada y entibia a su modo y costumbre. Nigrán limita con los municipios de Bayona y Gondomar, pueblos moradores que comparten su excelencia.

El viajero llega al Puerto de Panxón bajo el murmullo de unas gaviotas que parece que le acompañen. Y entre donaires de gozo y placer, el viajero que siente la caricia del océano mil veces sincera, no considera más riesgo ni ventura que saborear el momento vivido. Porque el viajero, quiere hacer del recorrido un camino auténtico, sin engaño ni artificio para dejar todo el resto al azar.



El municipio está rodeado y envuelto por las playas Madorra y Panxón, que la ladean como un abrazo cándido en su bahía. Y como los puertos marineros son la perdición del viajero, este se dirige al muelle que es refugio de la bahía y que parece pintado al lienzo con colores brillantes y florecidos. El puerto de Panxón, en su ensenada, se asoma presumido y coqueto como una mariposa de mil colores, y es lugar donde se siente esa esencia del puerto que vive de sus barcas atalayadas a ras de arena, de sus curtidos y faenadores pescadores que todavía arriman el hombro cada día para arrastrar las pequeñas embarcaciones al lustroso océano que les espera desafiante. Desde la orilla, se pueden observar como descansan algunas barcas fondeadas en el agua tranquila y mansa, como en un suave sueño, donde la luz del insomnio de sus madrugadas vence las sombras tranquilas y discretas de la noche. Panxón convence con la seguridad de puerto seguro y protector. Los vivos colores que parecen salidos de la paleta del pintor más entregado, transmiten esa

sensación del confortador momento, del dejarse llevar sin más impaciencia que para contemplar el brillo que desprende el vidrioso mirar.

El Templo Votivo del Mar de Panxón, construido según proyecto del gran arquitecto porriñés, Antonio Palacios, entre los años 1932 y 1937, está dedicado a los pescadores de la villa y está cargado de referencias históricas. Las ruinas de un arco visigodo del siglo VII, que se hallan en este mismo entorno, servirán de elemento inspirador para esta gran edificación. La tradición de los “canteiros” gallegos, el simbolismo metafórico y el colosalismo palaciano se acentúan como sus principales características.

Escrito está que en Nigrán, si uno afina el oído se puede escuchar con un canto perfecto las sirenas que atraen a los marinos. Y por aquí, a las leyendas y a las fábulas se las respetan como es debido. En Galicia, las leyendas y las fábulas son como misterios fantásticos que fascina al lugareño y sorprende al forastero.

Al viajero le apetece desayunar para sobrellevar el cansancio del ligero paso y remojar la garganta con algún vino de estas nobles tierras. Los vinos gallegos tienen fama y pedigrí muy respetados y considerados. Sus caldos de viñedos imposibles, tanto de uvas blancas como tintas, son conocidos por lo ancho y largo de la bola redonda que es este mundo. La hospitalidad y la comida en abundancia son un valor seguro para el que quiera visitar estas convincentes tierras del sur de Vigo. Dar felicidad al estómago y contentar al comensal es empresa que se conserva y que se precia como hábito saludable. Y si uno no se come lo ofrecido, le pueden decir que está enfermo, o peor aún; que le traten de descortés. Al viajero, que no le gusta quedar mal ni tampoco parecer enfermo ni deambulador desconsiderado, se embute por el esófago para abajo lo que se le ofrece. Así, queda bien; se alimenta, se nutre y se cura en salud de quedar como un noble; bien servido y agradecido.



La taberna es regentada por Don Sabino, que lleva más de cuarenta años sirviendo en ella, comenzó a los doce años con su padre y hasta el día de hoy. Don Sabino es hombre delgado y menudo, pero con mucho nervio y arranque. Es muy aficionado al fútbol y se cabrea mucho cuando pierde el Celta de Vigo.

Don Sabino mientras le sirve el desayuno al viajero, le cuenta a éste:

¿Sabía usted que por estas tierras ando el escritor Ernest Hemingway allá por el 1921? Sí, en su primer reportaje como corresponsal en Europa del Toronto Star. Y resulta curioso como Hemingway se ocupara de la pesca del atún en Vigo, y escribió lo siguiente:

“Cuando atrapas un atún después de una pelea de seis horas, cuando luchas hombre contra pez hasta que tus músculos sienten náusea por el terrible estiramiento, cuando por fin lo subes a bordo, azul verde y plateado en el perezoso océano, entonces puedes sentirte purificado y comparecer sin rubor ante los dioses antiguos”. Treinta años después, el mismo impulso épico lo llevaría a escribir *El viejo y el mar*. Ésta fue la última escala de una larga travesía en pos de los peces.

El viajero se asombra por la erudición y los saberes del posadero que parece que habla con las palabras de Zeus, o de mejor aún; de Poseidón. Don Sabino es de esos tipos de hombres que desprende esa aura del gallego curtido en sabidurías, que sabe lo justo por lo discreto y en lo mucho para contentar al visitante, y que domina a la sazón el conocimiento de su tierra, de sus historias y de sus tradiciones. Detrás de ese delantal de un hombre dedicado a las fondas y a las posadas durante toda su vida, se esconde un alma de sabiduría instruida por la experiencia del pasar de los años y por tener afición a escuchar

sólo lo que la prudencia manda. Su mujer, Doña Rexina, a lo lejos, que está limpiando unos vasos en la larga y lustrosa barra de la taberna, mira a el viajero y sonríe.

El viajero eructa sin querer:

“- Perdón.

-No hay porqué. Eso es que todo le ha sentado bien jefe.

-Está bueno, ¿eh maestro?

-¡Y tanto!

-Aquí cocinamos con mucho cariño, esmero y tradición.

-Eso se nota.”

El tabernero le comenta al Viajero:

“-Yo, soy del Celta, ¿sabe usted?

- Enhorabuena, que este año han subido a primera.

- Esta temporada vamos a por la excelencia, ¿sabe usted? El domingo que subimos a primera división me bebí unas buenas copas de vino de albariño y cumplí con mi señora. ¡Estaba más contenta la *pobriña!*

- Es que hay grandezas que tienen más fuerza que el viento.

- ¡Y tanto, y tanto! Usted ya se ve que sabe de la buena vida.”

Al tabernero de unos cincuenta y pico de años bien llevados y de saberes inimaginables, se le ve contento y saludable, se le ve feliz. Habla de su tierra con orgullo y convicción de aquel que lo siente correr por sus venas, con la plena certeza y fe de su condición. Y encima el Celta está en primera. ¡Caray!

El viajero, bien almorzado y bien bebido, sigue camino por donde le indica el posadero, con el qué ha hecho buenas migas y buenas sensaciones. Hacer amigos por donde uno pasa es tan importante como escuchar un eco de aprecio que llega desde lo más lejano. El viajero siempre presume de tener buenos amigos y de conocer gentes supremas, que le van explicando cosas de la vida, esas que no salen en los libros. Y como dicen por aquí: *amigo e viño, o máis antigo.*

El viajero que sí estuvo allí, de Vigo a Nigrán. Cap. II (Parte 2ª)

Parte segunda

El viajero andando a su aire apenas puede ver el camino por la espesa vegetación, que a su vez le reconforta y le llena como un suave murmullo que parece que llega de lo más lejano. El viento, como el único sonido, ¡bendita locura dejarse llevar por el viento...! el viajero llega a una calle que le confunde. El viajero es bastante despistado y para asegurarse el tiro, le pregunta a una señora que vende helados en un puesto de estos de calle:

“-¡Disculpe señora!

-¿Un helado?”

El viajero se queda pensativo.

“-¡Bueno! Yo quería saber...

- ¿De vainilla, de fresa, de coco...?

-De vainilla. ¿Oiga?, es que yo...

-¿Con galleta o en cucurucho?

- En cucurucho.”

El viajero ve que no puede evitar el sereno tono de voz de la heladera y, como le cuesta decir que no, ya helado en mano se le facilita la palabra.

“- ¿Decía algo más, jefe?

- ¿Para ir a Playa América?

- ¡Hombre haber preguntado de entrada!”

El viajero se aleja chupando cucurucho en mano y relamiendo la sabrosa vainilla ofertada a la oportunidad de la hábil heladera, y con la información inaudible de que el camino es el correcto a proseguir. Se conoce que la heladera es mujer seria en esto del guiar y aconsejar caminos.



El viajero llega a Playa América. Este lugar posee una playa que pasa del kilómetro de largo y treinta metros de ancho, de disposición y buena hechura. Es lo que se dice una playa urbana, cerca de las colindantes casas que la rodean. Sus accesos son buenos y las personas discapacitadas pueden adherirse a la maravilla de su virtud sin más problema ni barrera que les frene.

Playa América es diáfana como una sala de la abadía de una catedral. El color de sus aguas verdosas de tonos esmeralda, combina con el azul del cielo aturquesado. Un pequeño monolito con una placa de fondo blanco nos indica que estamos en el lugar. En verano suele estar a rebozar de veraneantes que llegan desde muchos puntos de toda Galicia y España. Ideal para familias con niños y grupos que deseen el ancho imaginario del disfrute que ofrece la hospitalidad de esta Villa de Nigrán.

Por las mañanas, en Playa América se puede plantar el parasol sin problema y echar las toallas en su fina arena, cosa que tampoco es tarea difícil. El paseo de Playa América es largo como el sendero de la vida, y dejarse llevar por su paseo marítimo es tranquila actividad que reconforta. Girando un poco la cabeza se contempla la inmensidad de sus arenas, que como tímidas dunas se muestran desnudas y sinceras. Y si miras para el otro lado, aparecen maravillosas zonas ajardinadas que hacen coger gusto a él conjunto, que actúa como un todo. En sus arenales se pueden combinar largos paseos o grandes pensamientos solitarios; a elegir. El viajero se pone a hacer introspección - pensar en sus propios pensamientos-, para buscar la tranquilidad del alma sana que se abre de brazos como una madre. Y siguiendo los sabios consejos de la heladera informadora, se deja llevar por la sorpresa y el asombro de sus arenas con un mirar tranquilo y sosegado, buscando la estética que a la razón

resista, pero sin quemar en exceso las neuronas que le han de servir de claustro de la memoria para todo esto cuando lo cuente por escrito. Y para seguir haciendo camino hacia el sur, nada mejor que detenerse unos instantes para dejarse llevar por el paisaje seductor y fascinante de estas tierras de Nigrán.

Por aquí anduvieron los romanos allá por los siglos I al IV d.C. Su nombre original era Playa de Area Loura (Arena Rubia), y ondea coqueta y vanidosa desde los años noventa la bandera azul, que es sinónimo de buena cosecha y del buen cuidar de lo que es propio. El viajero se pone en bañador, enseñando panza y algunas arrugas delatoras del paso del tiempo, se mete en el agua y se deleita con un baño placentero, casi divino.

En Playa América también se puede degustar la cocina típica de la zona de la Galicia costera, porque está al alcance del turista que busca calzarse un buen plato de la zona, pudiéndose degustar en los diversos restaurantes y bares de la franja de la zona, que se muestran campechanos y descubiertos al visitante por el paseo marítimo. Suelen estar abiertos todo el año para contentar los paladares con mariscos frescos del día que capturan los pescadores de la comarca con sus buenas artes y oficios. Da gusto comerse un surtido plato de gambas mientras se sienten las brisas marinas acariciando el rostro, aires que suelen sanar las pieles del semblante. O para contemplar simplemente en envidiable reposo, sentado en paz y concordia con el espíritu para ver los pasos de los turistas que van para arriba y para abajo del paseo, tranquilos y sin prisas que les agobien. Y para apagar la sequedad de la boca cuando se precie él instante, nada mejor que con una buena cerveza o un buen vino de la tierra.



El río Miñor que viene de Nigrán, desemboca con un humilde riachuelo el cual, a su vez, llega afluido y contento a Playa América. Es el Río Muiños, que aún siendo riachuelo no le quita importancia a sus aguas discretas y medidas.

Tierra al lado de la mar es fantasía que da gusto y acompaña a el viajero que ningún remedio halla para sentirse incomodo o fuera de lugar en Playa América, ni tampoco forastero indiscreto que llame excesivamente la atención. Una pasarela de madera pasa por encima del río Muiños, como un paseo fluvial donde podemos contemplar para mudarnos a dar a la mirada de aquel bien que está presente; de vegetación autóctona y de espléndidos cañaverales hermosamente cuidados.

Seguimos deambulando y haciendo camino por la arena que se nos muestra a los pies descalzos, como acontece a quien ha venido con el paso dulce y alegre, de estas vistas hermosísimas y decoradas por sus playas que parece que brillan con su propio sol.

El viajero se dirige a la playa de Madorra porque le han contado que es de curiosa y de translucidos arenales. El viajero pisa la playa de Madorra con el vicio de la curiosidad siempre avivada. La Playa de la Madorra viste su suelo con unos arenales grises y ondeados como llamas de fuego. Grava y arena se mezclan como amantes en el lecho, y disponen un litoral agradecido que se puede pisar como una suave califa. Cuando la marea está baja despuntan los riscos asombrosos normalmente cubiertos por el agua, mientras unos patos tranquilos y presumidos miran el infinito horizonte, igual pensando para sus adentros como un compañero suyo, cruza el cielo en el tiempo de la migración que es el solitario camino de las aves de buena voluntad.



El viajero se moja los pies en la orilla de la playa de la Madorra y nota como comienzan a sanar las dolencias del alma. Será, que por estos lares y dominios acompaña siempre la tradición y la buena superstición, esa que acaba enterrando hondo los malos pensamientos y ahuyentando las meigas siempre concurrentes y místicas por estas tierras. Al viajero le acompaña un viento silbador que le acaricia el rostro por la tarde.

“- Oiga, ¿para ir a Baiona?”

- Todo recto y siguiendo por la carretera, no tiene perdida.

- Muchas gracias.

- No las merecen.”

De momento a el Viajero le están tratando lo que se dice bastante bien, y camina con ilusión las sendas por el camino del tiempo y de las distancias que separan las penas y las alegrías de estas tierras gallegas. De aquellas marismas, de aquellas rías de talle marino, donde sobre el agua azul celeste rebota la mirada. Donde una puesta de sol es parte de la magia que se prende en los ojos y traspasa las almas nobles y sinceras, acompañado con un canto perfecto que es el de las Muñeiras, que se danzan con alegrías de un sincero amor a estas tierras Con la trompeta y la tuba, con la pandereta y el tambor, y que una dulce huella dejan en el oído del visitante como un poema de ritmo de percusión y danza popular que forman parte de su folclore y costumbres.

La cocina, como se ha dicho, es un espacio muy cotizado e importante para los gallegos, y antaño, por tradición y costumbre, era la estancia más importante de la casa, donde las familias se reunían en ella siendo ésta el calor del hogar. Los gallegos a la cocina la llaman *lareira* y podía ser lugar tan

importante como para saber de sus bonanzas y bienestares, como un reflejo y escaparate que cada familia ofrecía como abriendo los brazos y dando la bienvenida. Y el tamaño del mueble de la cocina era importantísima cosa que se viese en opulencia y sustancia copiosa.

El viajero se detiene en un comercio de esos tradicionales que suelen estar a pie de calle, sus puertas están abiertas, probablemente para que se traspase el umbral de la vergüenza que suele frenar los buenos momentos. En la entrada, un hombre cincelandos lo que parece una figura que se asemeja a la Virgen de la Roca, muy venerada por estas anchuras. La piedra labrada es vista por aquí como la expresión que deja la huella de la historia, como una marca de la madre tierra. Y como el curiosear es arte al que se consagra el viajero, éste pregunta para saber, porque en el cual, siempre impera un interés por conocer lo que se prende a los ojos y a los sentidos, aún siendo poco académico y docto en sus demandas y aclaraciones. Eso también es verdad.

“-Perdone la molestia que detiene el momento amable escultor de tranquilo cincel. ¿Es oficio curtido o pasión de la naturaleza lo que veo?”

-Mire usted, curioso viajero, -que parece que todo lo quiere saber-, la erosión – que es parte de la naturaleza a la que usted se refiere-, puede crear bellezas inimaginables, porque moldea con el viento y con el tiempo, como la arcilla lo hace con el barro, en simbiosis. Esa es la sabiduría de la naturaleza que siempre curte y enseña.

- Cierto, cierto. Pero usted, -por lo que veo-, se lo labra con las manos, al uso de la costumbre del quehacer manual.

- Pero sepa usted, que en las manos artesanas está el oficio. Y del pasado que viene de lo más lejano, -en el espacio que hay en el medio-, nace el arte de esculpir y cincelar la roca en estas tierras gallegas. Porque las piedras hablan, las piedras saben, las piedras escuchan y hasta saben guardar secretos que algunos mortales no saben. Pues sepa usted, curioso viajero, que de piedra era el Ara Solis del Fin del Mundo; y los funerarios monumentos, megalitos y dólmenes del primitivo culto a la muerte que se respeta con sagrada convicción aquí en tierras Gallegas.

- ¡Caray! Que sabiduría más despejada y libre, que parece que se escapa y se evade en infinitas sensaciones y huella que suele dejar la emoción.”

El viajero escucha con una admiración contenida la sabiduría del artesano de manual oficio, y decide comprar una figura, la pone en su embutida mochila para llevársela a su humilde morada de Barcelona. Mientras, el hacendoso artesano, sin apartar la mirada del pedrusco que tiene apoyado en sus piernas, sigue tallando a mano desnuda sin más ayuda que la de un cincel afilado. Figuras hechas con el esmero oportuno y fructuoso del momento, dándole forma a la piedra como el aire lo hace con el viento, como un proyecto imaginario que su mente transforma en figura de pensamiento, tradición y de cultura gallega.

El viajero va cansado y busca pernoctar para encontrarse en dulces y cómplices sueños con la noche. Mañana, al alba, el viajero seguirá camino hacia Baiona cuando el océano amanezca sobre Galicia.

El viajero que sí estuvo allí «Baiona». Cap. III



Viajar te da sensaciones que nunca te han podido ofrecer en mucho tiempo. De unas experiencias que se acomodan en los sedosos recuerdos que se guardan en el cajón de la memoria. Momentos de delicias únicas vividos en primera persona, vividos con la intensidad y pasión que contentan con el reflejo espontáneo; fresco y tierno, que es espejo vivo de la mirada del que viaja con

el alma rendida y entregada a la empresa de ilustrarse y cultivarse. Como la sabiduría de las gentes sencillas, que se puede repartir con las manos.

Baiona refleja el mismo sabor que los besos, que saben siempre diferente. Baiona es un municipio que atrapa por sus olores, por sus esencias marinas, por sus biselados paisajes de arenales que presentan a sus playas como si fuesen anfiteatros llenos de hechizos y mágicos seductores de vistas costeros, pues el océano abrió sus brazos camino a la tierra hace ya muchos años. De sus bosques y espesuras que son cautivos de su propio encanto y coquetería ribereña por ser pueblo mariner.

El viajero se cruza por el camino con una joven doncella de tierras gallegas, que parece haber sido parida para alegrar los sentidos y los entendimientos más sensuales y artes de los amatorios derretidos por el deseo. Una joven que se muestra a la vista con una agraciada cintura, de unas caderas que van y vienen, que adorna en su rostro con unos ojos azules como el pulido y fino zafiro. Los azules ojos de una mujer gallega son como el fondo del océano más infinito que se prende en los ojos y traspasa el entendimiento. La mujer gallega camina descalza por los suaves arenales con pies de ninfa. Y en su andar, a su fino y delicado paso, desprende esas mágicas fragancias que al poeta y al trovador atrapan para hacer los versos más hermosos al caer la tarde,

En Baiona, los paisajes arenosos y marismas primorosas como el pulcro y agradable amanecer hacen simbiosis por la ribera, donde baja la más pura y clara de las aguas dejando al descubierto bellezas de paisajes inimaginables en un canto cómplice con la naturaleza más pura. Y no muy lejos repican muy contentas las alegres campanas de la Colegiata de Santa María.

El parador de Baiona está estratégicamente ubicado y asentado en una fortaleza de ensueños, es un encanto paisajístico y acogedor plantado encima de la península de Montreal. Es una tradicional casa gallega conservada y reformada con mil detalles y mil misterios que al viajero encanta. El parador mira al océano y a las incomparables Islas Cies, con elegancia y sabedor de su grandilocuente presencia, donde guarda epopeyas de personajes históricos y legendarios. La piedra que sustenta al parador, siempre perdurable en el tiempo, siempre discreta en sus rumores, escucha con prudente sensatez

porque se los trae el viento. Un viento puro que invita a respirar con confianza y que guarda los secretos más mesurados y reservados que a nadie murmura. El viento, es el único sonido de confianza, presunción y llaneza.

Cuenta el Hotel con estancias regias y elegantes en las que abundan los detalles decorativos de otras épocas. Salones señoriales y habitaciones espaciosas, muchas de ellas con hermosas vistas sobre el mar, integran un interior grandioso en el que sobresale la majestuosa escalera de piedra del recibidor.

Por ser Baiona puerto mariner, al viajero le apetece charlar con gentes de la mar. No muy lejos de ahí, sentado en la roca de un espigón, estaba un pescador de estos de caña. Al viejo pescador que allí estaba una enorme barba le cubría toda su cara, una barba blanca como la del marino que ya ha visto todos los amaneceres, de un hombre de honda mirada y rostro curtido por los vientos. Me acerqué al apacible pescador que encima de la roca estaba, e interrumpiendo la maravilla de su silencio, me puse a su lado y le dije:

“- ¿Cuál es su pena? Que me sabrá dar palabra que yo pueda escuchar de las artes de la pesca. Y sin querer ser entrometido y ni mucho menos murmurador, quisiera, si a usted apetece, me contase cosas de la mar.

A lo que el pescador respondió:

- A los buenos días buen hombre, que tanto presumís con vuestra videncia y que no seré yo quien la ponga en duda. Que yo estoy aquí esperando a la mar, que me sabrá dar todo aquello que me esté bien y que me pueda llevar. Pues apenas puedo soñar, apenas puedo disipar la duda. Y si nada me diese el mar, daré por buenas las horas empleadas que aquí mi persona lleva. Ya qué, mis buenas razones tengo y que sólo mi alma conoce.”

Miraba yo, el viajero, al hombre de aires marinos con el rostro de aquel que no acababa de entender las palabras que decía. Y le dije al pescador que allí estaba.

“- Me haría muy contento si de sus labios salieran palabras que fuesen ordenadas por mi entendimiento. Más, no llego a comprender el significado de las mismas.

“- Que me llamo Diego Baltasar, y ya de muy mozo saboreaba la belleza del mar. Y para decir verdad, no sé pescar. Y por estas razones, en las cuales, como le he dicho, de pescador no he hecho profesión, aquí vengo a diario para recordar, y que mi mejor pesca es la honra de mi recuerdo, pues a veces, los recuerdos hacen que el pasado no sea tiempo olvidado... ni tampoco mal gastado. Era yo mozo de buen ver y de mejor querer, pues en esto del amor reunía requisitos y un muy buen prometedor futuro. Tenía por novia a una joven doncella llamada Elisenda, y un mal día, que la mar estaba lo que se dice brava, un traidor brazo de agua y sobresaliendo por encima de su habitual nivel como si fuese instrumento del diablo, se la llevó con ceremonia de muerte que quedará grabada en mi memoria. Se la llevó océano adentro como suspiro de ansia avara y de anhelante egoísmo. La mar se convirtió en enemiga mortal de mi destino, muerte de mi vida, dejándome falto de ilusiones y cariño. Y desde entonces, día sí y día también, haga frío o haga calor, llueva o irradie el sol, vengo aquí, en este mismo lugar en el que ahora nos encontramos, a recordar y a esperar que la mar me devuelva lo que injustamente me quitó, mi Elisenda.”

Y con estas palabras el Viajero que quedó prendado de esta triste como cautivadora historia, le dijo al pescador que allí estaba:

“- No temáis, no perdáis esperanza ni fe ninguna, esperad el reencuentro por ley natural y no forcéis al destino que ya debe de estar escrito. Pues de esta manera, la noche ya os dejará dormir como en un infantil sueño. Fuera pues odios, iras y reproches, que conducen a ningún sitio, y sabed que el odio y la rabia devoran todo entendimiento, pues no es tormento sino regalo el canto de una sirena llamada Elisenda que con su lírica voz aliviará vuestra pena.”

Y con estas palabras, quedó el pescador que no lo era, con su ánimo en paz, y soltados los grilletes que le atrapaban en su angustia por este pasar de la vida mirando al siempre esperanzador mañana que nunca sabemos lo que nos acercará a nuestros destinos. Dicen que el pellejo de un hombre muerto no vale casi nada. Sin embargo un beso de mujer; quien sabe, pues presa del dulce encantamiento misterioso y recóndito, el vigilante de la noche sólo verá como una sombra que se abre de brazos por ser trasnochar parte de su quehacer, y de saber de penas y desdichas su oficio.

Y yo, el viajero, le hice una última pregunta al viejo pescador.

“- Entonces, ¿a quién se debe amigo pescador?

- A nada. No soy de nadie, soy del viento.”

Hay criaturas que sufren al amar y hay hombres que sufren al aguardar su destino. La esperanza, esa sensación que deja extasiado y reconfortado al que ansioso espera, acaba siendo incertidumbre que solo ilusiona y reta a los tiempos que pasan para romper todos los pasados que pesan como el plomo.

Y después de escuchar esta noble historia de amor y desamor, el viajero quiere descansar y acomodarse en la acogedora Baiona. El viajero busca posada para pernoctar y por ser deseo de hacer noche aquí. Al viajero le va lo sencillo y lo lustroso también. En esto no tiene muchas manías ni demasiadas consideraciones.

Viajamos para perdernos, viajamos para encontrar cualquier cosa, cualquier persona, cualquier paisaje que nos enamore y nos seduzca con su encanto. Simplemente perderse, a veces irracionalmente, a veces de una manera divertida y excitante, pero sin sentirse controlado ni gobernado por la imprudencia. En Galicia uno puede dejarse llevar con el alma derretida y la confianza compartida, como lumbre al viento. Mañana será otro día.

El viajero coge el sueño enseguida porque el cansancio le vence y le gana por la modorra, que pasa como un murmullo de vana ilusión en las noches que prenden con bondad infinita a la Galicia de los encantos y de las gentes sencillas. Mañana seguirá paso por el campo verde y el océano vigiense de balcón atalayado. Mientras, el viajero sueña con un hombre escribiendo y temblando en un papel empapado que considere Galicia camino de la tierra que dejan estela los duendes. Es el único momento que se sosiega a medida que va contando esta historia.

VIAJES CORTOS

Incidente Usuario que mira al mar



Andreu Vilaró no ve las estrellas del tupido cielo de Barcelona. Ni tampoco las olas que acarician las rocas del mar que mira a la ciudad. Andreu no ve porque es ciego, pero puede oler el aire de las hojas hasta cuando caen en la semilla del cemento de las aceras de Barcelona. Porque el viento es aire siempre de viaje. Andreu vive en Barcelona. Vive y trabaja, Los ciegos también trabajan, claro. Al principio, moverse por la ciudad le parecía como cosa difícil y complicada, porque se ha de desplazar con frecuencia cada día a través de los interiores que cruzan la ciudad. Pero se afianza en un transporte sin barreras ni obstáculos que le puedan limitar; el metro de Barcelona, donde perdió el miedo y cogió la confianza de dejarse llevar, tranquilamente por los raíles como si fuera caricia al caminar. Andreu tiene una novia que no es ciega, que conoció tomando un café en unas de las tantas cantinas que hay dentro de los accesos al andén. Barcelona es una ciudad en continuo movimiento y desarrollo. El tren que circula por debajo de la tierra, por los raíles de unas vías que circulan por la morada de las entrañas de la urbe. Para él, el metro son las vigas de su equilibrio de desplazamiento diario, es como una mesa redonda, sin esquinas, con la que se puede mover por toda la ciudad. Sin más problema que dejar las huellas del transeúnte que anda tranquilo hacia algún lugar. Barcelona es ciudad cosmopolita y universal que cada día mira al mar.

Andreu, cuando se desplaza por el subsuelo de Barcelona, deja una estela de tranquilidad y comodidad, dejándose llevar en una segura mudanza de transporte público. Y se deja llevar como las hojas caídas que el viento desplaza de un mundo por dentro. El metro forma parte de su vida cotidiana. Y se siente seguro, porque sus infraestructuras velan por su seguridad. Andreu coge el ascensor que está habilitado para accesos de los que más los necesitan, y los que la edad, ya empuja a utilizar. El elevador les deja suavemente en el andén como si fuera una moqueta que caminar. Andreu Vilaró va sentado en el vagón leyendo una novela, -en braille, claro-. Y sus ojos, no se cansan de mirar aunque no vean la luz natural. Y se siente seguro y confortable en el vagón que le llevará al lugar. El convoy, suavemente se desplaza con rapidez y cruza toda la ciudad por los diáfanos subsuelos. El metro arranca de la estación con modernos vagones de berlina, cómodos y de poco consumo que es compatible con el progreso. Y, así, se ayuda a contaminar menos, que es cultura que se debe practicar con el ejemplo, para dejar legado a los que nos siguen en edad. Mientras, en el vagón, una voz de sonido metal va anunciando las paradas de las diáfanas estaciones que esperan al viajero. Para que éste, no se pierda ni se desoriente acompañándole hasta su destino, como una senda de suaves trazos que camina por los raíles que llevan a todos los destinos sin necesidad de mirar. Andreu Vilaró sigue con su vida normal, porque sabe, que es maravilloso llegar a todos sitios y poder seguir el camino que le llevará a donde él se quiera trasladar. Una parte de Barcelona se mueve cada día entre recios raíles, por debajo de su firme suelo de gris cemento. Y los túneles, son como las arterias que mueven un corazón grande de una ciudad que cada día saluda al mar.

A Andreu Vilaró la ceguera no le anula los sentidos porque están dentro de la piel, sabiendo que llega con seguridad a su destino, por los senderos de muchos conductos subterráneos que le llevan a donde va. La nebulosa incertidumbre desaparece de su mente, y se compensa con la configuración de una red metropolitana moderna y segura. Barcelona amanece cada día discretamente mirando al mar, donde muchos lo pueden contemplar gracias a un transporte cómodo y transversal.

El viatger que voltava tot sol pel Maresme



Al paso andado, el viajero, va tirando vía hacia tierras del Maresme, estrecha franja a las vertientes y a los pies de las montañas de la cordillera litoral del bajo barcelonés. El viajero echa paso para la antigua N-II, a golpe de pie, trotando con ilusión, haciendo profesión y peregrinaje voluntarioso, andando muy diligente y estando al quite, para tomar nota de todo lo que vea y todo lo que siente, de las gentes que vaya conociendo por el camino y de las cosas que le sorprendan y le fascinen con la amplitud de un espíritu curioso, como el trigo que va mirando al sol y de buena ley. Es como la tierna locura del dejarse llevar por los aires tranquilos y ligeros, dejando la huella timbrada por la arena del mar, dejándola tierna y suave y detrás a la vereda del agua, El Maresme, tiene aquel encanto que le da magia y suntuosidad como si fuera de dulces golosinas, de aquellos toques que detienen el momento, del tiempo que nunca se acaba, de una especie de aventura solitaria pero valiente y de buena intención, para ir buscando personajes de interés, rincones y lugares emblemáticos, y sobre todo; llegar al corazón de los nuevos amigos que irá conociendo con parsimonia y mucha paciencia por el nuevo camino, con el afán y afecte que se espera de un viajero discreto y prudente. Cuando cae el crepúsculo encima del Maresme, al atardecer, es como una bendición, una gracia de brillo consagrado a la vista del viajero, que va viendo pasar las horas ante el mar. Esas horas, que a veces parecen ser cómo de flores de agua nítidas y transparentes, cristalinas como el preciado momento que suele dar la tranquilidad más sosegada y plácida. En consonancia, hacia el horizonte, se ve al pescador que echa de artes de oficio con su barca típica y tradicional de estas aceras marinas adosadas a ras de tierra. Si no estoy en un lugar donde hacer amigos, o en una tasca degustando un sabroso café, búscame por algún

camino de cortes afilados en algún lugar de estas tierras que baña el pulcro y glorioso Mediterráneo; quizás adentro, hacia mar desnudo y a cielo descubierto, donde el sol roza el horizonte muy suavemente, muy mansamente, buscando la magia de los dominios de la medianoche misteriosa y mística, de mis ojos que buscan reflejados de mi rostro como la esencia de las almas tranquilas y en paz, y que dibujan una mirada perdida, pero muy tierna, de estas tierras de barcas palangreros de fondos y fondo discreto que inundan el espacio entre el mar y la tierra, dejando sólo un pequeño rincón desde el infinito hasta el prudente camino que tiene que hacer el viajero que de todo tiene que deleitarse, como la medusa transparente que viaja tranquila y templada por estos litorales vestidos de historias y tradiciones.

El primer beso a esencia de vino



El primer beso es como el vino: es esencia, es delirio. Ella es mujer y joven doncella, de una piel suave como el terciopelo, suave como los hollejos de la uva. Ella espera con ansia inocente y cándida su primer beso. El que dicen que tan solo con un pequeño gemido basta, el que cuentan que amor eterno promete. El beso es sabor y es vida. El beso, gemido de un suspiro que muda los destinos para deshacerse como la uva lo hace en la húmeda boca. Porque un sorbo de vino es un encargo de alegría para los labios más puros, esos que llevan prisa y traen consigo el perfume de la viña en parra, que es vida y cepa de la pasión. El beso de infinitas delicias, que espera ansioso con impaciente ingenuidad y sencillez. Besos que arden, arden porque queman en la boca como el fuego de verano.

El beso, sólo el beso. El primer beso es el más deseado y anhelado, misterioso y arcano, resultado del deseo más desvalido y torpe. El contacto de unos labios sinceros que van a tientas, y que se funden unos con otros buscando los alientos. El beso, que irrumpe en el deseo porque no conoce el peligro ni el desengaño, que rasga y que corta. Porque sus jóvenes gemidos disfrazados de ingenuidad y candidez anulan tal imprudencia. ¡Oh, el beso! Demos una oportunidad a nuestros sentimientos, anulemos la razón, dejemos que hable el sonámbulo pensamiento para que se clave en el corazón como un estilete en la uva lambrusca.

La emoción del primer beso es algo maravilloso, es como una rapsodia que llega al alma misma. El aroma que tú exhalaste de tu boca durará mucho más tiempo. Como el jugo de la uva, capaz de arrancar un denso delirio que se detiene en un paisaje imaginario. Besos que saben a silencio y a sueños aromatizados, a viñedos con melodías de ternura y tacto del deseo. Besos que saben al amor que tanto se anhela. Entre los besos y entre los vinos hay rasgos que se asemejan, los besos puros son de uvas blancas, y los que hacen elevar el alma son vinos tintos de crianza. Y si de un viñedo una uva recoges, es como si fermentaras un beso sabor de fruta. Tintos y blancas, desnudas y vulnerables. El beso y la uva, es conveniente rozarlas con los labios antes de que se seque el alma.

El tren número 300 y el último viajero



Hay una historia de un convoy antiguo cuyos sonidos se oyen por los sinuosos y secretos raíles del diáfano subsuelo barcelonés. El qué dicen que chirría y resbala deslizándose por biselados raíles como adheridos en su misteriosa

historia y leyenda. A lo lejos del oscuro túnel, se escucha como resuenan sus estridentes ejes de ruedas de tren. Omnipotente y majestuoso, vestido de gallarda figura, se presenta en el andén, presumido y orgulloso, rozando con su pasado el alma desnuda en sus maderas curtidas de sus viejos vagones, bronceados de tostados pigmentos barnizados por el paso del inevitable tiempo.

Paseaba absorto por el andén, excitado y nervioso, sabiendo que aparecería del oscuro túnel, donde vive el duende; el antiguo tren 300, que dicen que te hechiza la piel con su misterioso destino: la estación fantasma de Gaudí, que sólo a algunos muestra para saciarse de sus misteriosos secretos vividos del tiempo que a él le pertenece. Porque el tiempo es muy sabio, cómplice y autor de los placeres de la memoria. De lo infinito hasta el último viajero, el tren número 300 deambula por los dominios de medianoche en un bosque sembrado de raíles de metal, que impaciente le esperan de noche para el roce de sus dentadas ruedas en su ruta enigmática y secreta. Olores combinados de metal y húmedos enclavamientos y bifurcaciones, pasando en silencio discreto, inundando el espacio diáfano, y dejando sólo un rincón lineado y despejado que es su zona de recorrido hacia el misterioso destino. Pasada la medianoche, el tren aparece en el andén con su olor a cuevas, me subo en él, me pierdo dentro de su carlinga añeja metiéndome en sus sueños para ver las cosas que duermen dentro. Aguanto el aire en el diafragma para mantener vivo el intenso momento de tanto tiempo, imaginando con mi mente sus pasados y sus trayectos. Pues sus chirríos son más elocuentes que las palabras vanas, presumiendo igual que lo haría un tren de mágico vapor. Mientras, me lleva por la oscuridad del túnel donde rebotan en los cristales los alientos, calientes y suaves del pasaje maravillado, donde un impulso misterioso y decorativo es embriagado por un olor rancio que nos fascina. El tren número 300 cree en los sueños, en las ardientes y excitantes memorias del tiempo pasado del ayer. Pues una vez al año, y susurrándolo sólo a unos pocos, transita para contar secretos que nadie sabe. Caliente y suave circula por los sedosos carriles, buscado su recorrido enigmático, formando el paisaje perenne de subterráneos profundos y ocultos, que embrujan y que parece que flotan por debajo del asfalto de las calles y avenidas de la milenaria Barcelona.

Y yo, sigo siendo el último viajero que se deja querer. Pues me muestro entregado, dejándome absorto transportar para que me lleve, como en una danza cabriolada, al ritmo del vaivén del vagón que baila como sincronizando sus movimientos de cambio de vías y raíles mustios. Y si miro hacia atrás, siempre te recordare en mi memoria donde ya no podrás morir jamás. Sales de tu nido de cocheras para los que finges no existir, para que te lleven asendereado al tiempo presente, dando razones para volver, impregnando con el suave recuerdo del pretérito ayer. Los raíles están dispuestos a buscar el camino por todas partes, para llevarnos tan lejos como una estrella alejada. Próxima parada: estación Gaudí, que será delirio y fantasía de el último viajero, que en un lazo de plenitud y deseo, esto cuenta alterando las manecillas del tiempo perdido.

Sergio Farras, el viajero.

FIN